

# ¿QUIÉN ES USTED, SEÑOR GURDJIEFF?

**René Zuber**

Digitalizado por Biblioteca Upasika

[www.upasika.com](http://www.upasika.com)

## PREFACIO

El escritor René Zuber era por naturaleza un parabolano.

Fue esto lo que le permitió registrar para el oído que se encuentra detrás del oído lo que él mismo había podido percibir con el ojo que está detrás del ojo.

El protagonista de su libro era también un parabolano, alguien que comunicó lo que con tanto significado tenía que decir, no sólo a través de sus escritos alegóricos de muchos niveles -Del todo y de todo, Encuentros con hombres notables, etc.- sino, tanto más ambiguo cuanto más cándido, por medio de una mirada, un gesto, un cuento, un axioma, y el silencio comunicativo que dice más que él hablar.

Era este elemento bárdico lo que daba a Gurdjieff -el hombre palpable, telúrico, diurno- su aire de estar más allá del tiempo, de ser más bien un vástago de la leyenda que de la historia. El rumor, la fábula, la anécdota, se le adherían por ley natural como cardos a la piel de un zorro. Cuéntase la historia de su vida e inevitablemente, a pesar de nombres, fechas y localidades no será biografía sino saga. En su propia terminología idiosincrática, será "un de otra manera".

¿Quién es usted, señor Gurdjieff? ¡René Zuber puede muy bien preguntar! Pero de su libro resulta claro que se está haciendo la pregunta tanto a sí mismo como a su protagonista, permitiendo que ésta lo lleve no tanto a una respuesta, como a nuevas preguntas sobre el linaje, la genealogía y el parentesco. ¿Quiénes son ustedes, Arturo, Taliesin, Presbítero Juan, Sr. Mulaj Nassr Eddin, San Jorge, Al Khidr, Zurl Qarnain -ustedes, hombres fuera del tiempo, trazando su camino a través de las eras, la tradición y el mito?

Gurdjieff, él mismo luminoso y oscuro, habría conocido bien a estos héroes en todo el espectro de sus colores. Por cierto, el último en mencionarse, con el título islámico "Aquel de los dos cuernos", identificado como el histórico Alejandro el Grande, fue castigado en Del todo y de todo, a despecho del Corán (Sura XVIII, 82) como "ese griego archivanaglorioso". Gurdjieff que nunca dijo nada sin intención, habría tenido alguna razón para esto.

¿Acaso fue porque Alejandro, como lo han hecho otros hombres antes de él y desde entonces, emprendió la conquista del mundo visible como un héroe? O más bien fue porque apuntaba aún más alto: ¿Asediar al invisible y, sin propiciar a las deidades

tutelares, arrogarse el nombre de Dios? Empapado como estaba del conocimiento antiguo, ¿no habría estado Gurdjieff señalando, en esa frase despectiva, la enormidad de tal empresa, y asimismo el temerario abandono de sus requisitos mitológicos: la tentativa de robar el trípode de la adivinación; el pez perdido, por falta de atención, en los dos mares convergentes; el insensato corte del nudo gordiano?

Desde tiempos más allá de los tiempos, ese famoso golpe de espada ha sido aclamado como la solución definitiva. ¡Córtelo de un tajo! ¡Bravo! Pero cualquier abuelita, tal vez sin saber el por qué, le dirá que cortar un nudo es mala suerte. Gurdjieff habría sabido el por qué. Quienquiera que de niño se haya echado en el aserrín del taller de su padre y escuchado la historia de Gilgamesh, seguramente habrá aprendido también que proverbialmente los nudos contienen secretos -el nudo de Salomón; el nudo como uno de los símbolos del Buda; el nudo de Vishnu; los nudos de los Amantes Verdaderos; los nudos de Mayo; los nudos que conducen al marinero a casa y los secretos necesitan ser desenmarañados; si se cortan, se pierde el significado. De allí que Alejandro indudablemente habría perdido ambos, tanto el mundo como el significado.

Parabólicamente, entonces, puede decirse que la enseñanza de Gurdjieff era en cierto modo cm desenmarañar, no tanto un descubrir como un revelar cosas secretas. Lo que había sido enrollado tenía que ser desenrollado. Para los alumnos capaces de seguir el hilo, Gurdjieff desenredó algo que en él, y por reflejo en ellos mismos, había sido enredado. ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es mi propósito? Sus oráculos gnómicos, tanto más engañosos cuanto más aparentemente inocentes, eran designados expresamente para despertar a los hombres a esta triple pregunta; para hacer sonar, como Attar y Rumi antes que él, un llamado riguroso a los que no llegan a plantársela. Su toque de clarín resuena todavía y su portento aún tiene que apreciarse. Sin embargo puede decirse con certidumbre que, en las palabras de Blake, el gran poeta inglés, "no cesó su lucha mental, ni durmió la espada en su mano" en sus esfuerzos por construir una nueva Jerusalén. En cuanto a lo que logró en esta faena heroica -y fue mucho- esto será testimoniado, faliblemente como lo es todo principio eterno, por los hijos falibles del tiempo.

El testimonio fresco, vívido, totalmente sin prejuicio de René Zuber lo muestra como un miembro perceptivo y veraz de esta tribu.

P. L. TRAVERS

## ¿QUIEN ES USTED, SEÑOR GURDJIEFF?

Me llevaron por primera vez a casa del señor Gurdjieff en una época que no se parece a la de hoy.

Bajo la ocupación alemana durante la guerra, París era el reino del "blackout". Apenas se filtraba al exterior el menor rayo de luz, había que extinguirlo cerrando las cortinas rápidamente. Era el reino del toque de queda. Nadie se habría atrevido, salvo a riesgo de su vida, a circular por las calles desiertas después de las once de la noche. El reino en fin de lo que se llamaba "las restricciones", es decir, la pobreza organizada, con su corolario, la obsesión alimenticia. Sin mencionar el martilleo de la propaganda nazi que trataba, aunque en vano, de hacer olvidar a los parisinos un germen de esperanza depositado en ellos.

Estábamos aislados del resto del mundo. No era pues sorprendente que yo no hubiese oído hablar de los alumnos americanos de Gurdjieff, que estaban sin embargo tan cerca de su corazón. En cuanto a la vasta Rusia, existía para nosotros debido a su familia (como todo el mundo, él también tenía una familia) y a algunos viejos amigos que se pegaban a él "como parásitos" y que nosotros veíamos aparecer de vez en cuando alrededor de su mesa o en su cocina. Él los trataba, a mi parecer, como un tirano generoso y bonachón, no como a nosotros, sus alumnos, con quienes tenía otras exigencias.

¿Quién era él? Estoy seguro de que muchos de los que se le acercaron, sino todos, han tenido ganas de hacerle esta pregunta. Pero tal era su prestigio, tal su poder, que no se atrevían a hacerla en lenguaje claro.

Algunas veces eran simples curiosos, otras, gente sedienta que había oído decir que en esa fuente podría satisfacer su sed. Pero el choque del encuentro sobrepasaba siempre lo esperado y algunos preferían escaparse entonces antes de participar en una experiencia que amenazaba con hacerles cuestionar de nuevo todas las ideas aceptadas.

Cuando lo conocí, en 1943, él ya no era joven. Tenía sesenta y cinco años. (1) A la majestad de un anciano aunaba la soltura de un esgrimista capaz de una estocada fulminante; pero por imprevistos que fuesen sus cambios de humor, o sorprendentes sus manifestaciones, jamás se desprendía de una calma impresionante.

"Se parece -me había dicho Philippe Lavastine, antes de llevarme a verlo- al Bodhidharma. . . debido a la severidad con que despierta la conciencia y también a su gran bigote.." (2)

Yo le encontraba el aspecto más bien tranquilizador de un contrabandista macedonio o de un viejo "capetán" cretense. (3)

Tenía ese tipo de autoridad. Habría sido capaz de arrojarlo a uno al Sena, habiéndolo despojado antes de su reloj y su cartera, y luego, de tenderle la propia mano para ayudarlo a salir. Lo más curioso es que apenas rescatado, uno habría sentido la necesidad de agradecerle.

Pero la palabra "autoridad" tiene connotaciones demasiado diversas para no engendrar malentendidos. Digamos que emanaba del señor Gurdjieff una impresión de fuerza tranquila a la cual hasta los animales eran sensibles. Se dice que los gatos y los perros la seguían en la calle. De eso no fui testigo; pero ¡cuántas veces no he visto a personas que tomaríamos por lobos apaciguarse a su lado! Hasta el punto que habrían terminado por comer de su mano.

Su paso, sus gestos, no eran jamás precipitados sino ligados al ritmo de la respiración como los de un montañés o un campesino.

Recuerdo el día en que llegué tarde a una cita que me había dado. Había bajado al galope por la Avenida Carnot y subido su escalera de cuatro en cuatro. Comencé a balbucear una excusa. Él simplemente dejó caer dos palabras sobre mí: "Jamás apurarse".

¿Sería porque había encontrado a lo largo de su existencia muchos seres humanos cuyas debilidades le eran todas conocidas y porque había hecho de la condición humana un tema de meditación casi constante? ¿Sería por otra razón? Se le sentía cargado de una experiencia -casi incommunicable- que lo ponía a una distancia desgarradora del común de los mortales.

Si existía entre él y usted cierta connivencia, tendida como estrecha pasarela por encima de abismos, ésta reposaba más bien sobre simples evidencias tales como frío, calor, altura, anchura, ayer, hoy, mañana, yo, aquí, ahora, que sobre especulaciones intelectuales. Una connivencia con sabor a sinceridad, anclada en lo más profundo del ser.

Paul Valéry, al preguntarse sobre lo que perdura de Leonardo da Vinci, observa: "Lo que perdura de un hombre son los sueños que su nombre inspira y las obras que hacen de ese nombre un signo de admiración, de odio o de indiferencia." Todo se reduce entonces, según él, a "imaginarlo" y agrega, "si ese hombre sobresale en todos los géneros, el esfuerzo es tanto más grande para captarlo en su unidad." (Paul Valéry: "Introduction a la méthode de Léonard de Vinci". Publicada por primera vez en la "Nouvelle Revue", Agosto 15, 1895)

Es cierto que lo que les queda por hacer a los que aún viven es resucitar a Gurdjieff a partir de la obra a la que dio su nombre, es decir tanto a partir de los escritos de los cuales es autor como de las realizaciones cumplidas en otros dominios bajo su dirección y su inspiración.

Porque siempre es necesario remontarse a la fuente. Después de nosotros cada generación se ocupará de una nueva lectura de Gurdjieff con un material que le será propio. En cuanto a nosotros, los que lo conocimos, no iremos a buscarlo en los archivos, sean éstos impresos o institucionales, con la esperanza de encontrar allí un eco de su voz. Evocaremos nuestra propia existencia, nuestros recuerdos más vivaces. ¿Gurdjieff músico? ¿coreógrafo? ¿escritor? ¿médico? ¿psiquiatra? ¿cocinero?

"El único hombre absolutamente libre, si se pudiera concebir tal hombre, sería el hombre en quien ni un gesto tuviera trazas de imitación." (Esta cita es de Elie Faure)

Comenzaré por su completo desprecio hacia las convenciones sociales. Habría sentado a un premio Nobel al lado de un barrendero, a una "lady" al lado de una prostituta.

Reflexionando sobre esto es tanto más sorprendente que él haya tratado tan mal a una categoría de gente que, después de todo, se gana la vida como cualquier otro. Me refiero a los periodistas. Los mantenía a distancia, les prohibía la entrada.

Un día presencié la siguiente escena: dos jóvenes habían querido colarse descaradamente para dirigirse a él, presentando sus carnés de prensa y declarando que pertenecían a la redacción de un diario muy conocido. Se les anunció al señor Gurdjieff. Aún antes de que hubieran tenido tiempo para dar tres pasos en su antesala, él vino en persona para echarlos como a sabandijas.

Que haya desafiado en toda ocasión el poder de la prensa es una cosa, pero las hay mejores. Cuando sus alumnos se habían tomado el trabajo de llevarle un personaje de reputación mundial, con la esperanza de que surgiera de aquel encuentro al menos un mutuo reconocimiento, las cosas casi siempre resultaban al revés de lo que ellos hubiesen deseado.

Después de un comienzo bastante alentador, el importante poseedor de una condecoración de la Legión de Honor de repente dejaba de sentirse en una situación correspondiente a su personaje: perdía pie, se desmoronaba.

Quizá algunos van a las corridas de toros sólo con la esperanza de ver que el torero, después de un cierto número de pases, aniquile de un solo golpe a su adversario, o a la inversa.

Yo no busco ese tipo de espectáculos. Me preguntaba qué habría pasado si Stendhal o Baudelaire o Marcel Proust se hubiesen sentado a su mesa. ¿Los habría confundido con cualquier escribiente de oficina? Hacerme tales preguntas me dolía. Prefería decirme: "¡El pobre! Las sutilezas de la lengua francesa se le escapan. Será un conocedor de vodkas rusos, pero de vinos franceses no comprende nada."

En eso me equivocaba. Frente a un recién llegado Gurdjieff siempre representaba algún papel, pero un papel que dependía de las circunstancias. Si se trataba de una persona notable a quien, por el interés de los suyos, debía tratar con tino, era capaz de metérselo en el bolsillo en un abrir y cerrar de ojos.

En otras ocasiones se le vio negar hasta las cualidades más evidentes del recién llegado al punto de mostrarse estúpido.

No le importaba la mala opinión que luego tuviese de él la víctima. Si el otro no había visto nada, comprendido nada, ¡que se fuera al diablo!

Porque al mismo tiempo desempeñaba un papel, según él mucho más importante, en provecho de sus alumnos; un papel que nos mostraría a qué se reduce, a pesar de las apariencias, la realidad esencial de un hombre quienquiera que sea. ¿Que no soportarían esa visión las buenas almas de mi especie? ¡Eso qué importa! No se llega a ser adulto sin pasar por tales pruebas.

El rasgo más notable del señor Gurdjieff era su mirada.

Desde el primer encuentro Ud. se sentía atravesado de parte a parte. Tenía la impresión de que él lo había visto y lo conocía aun mejor de lo que Ud. se conocía a sí mismo.

Era una impresión extraordinaria.

Yo había terminado por admitir, como muchos idealistas decepcionados de mi especie, que entre los seres humanos no puede haber sino "conversaciones de sordos" (no sé si el término "de ciegos" no convendría mejor a este estado de ignorancia mutua). Así pues, justo a los cuarenta años, quizá a la mitad de mi vida, la posibilidad de ser por fin conocido abría ante mí una esperanza deslumbrante.

Sentía al mismo tiempo, pero de manera muy confusa, que por ello había un precio que pagar. Se me había dicho que frecuentar a un hombre como Gurdjieff podía ser peligroso.

Pero, después de todo, ¿qué tenía yo que temer? El gusto del riesgo existe, alabado sea Dios, en el fondo del corazón de todo hijo de Adán. ¿Dinero que pagar? Yo no lo tenía. ¿Sudor que prodigar? Yo era suficientemente joven aún como para creerme con fuerzas ilimitadas. ¿Ilusiones que perder? Como mi camino me había llevado de decepción en decepción, creo que ya las había perdido todas. ¿Prejuicios que vencer? Un hombre como yo no los tiene.

Así fanfarroneaba yo al entrar a su casa, como el nadador que, a riesgo de su vida, ha realizado el esfuerzo de una larga travesía y que por fin siente suelo firme bajo sus pies. Medio asfixiado, todavía sonrío echando agua por la nariz, la boca y las orejas. El viejo luchador, al primer vistazo, había captado todo eso. Y había visto o sentido aun muchas otras cosas: mis faltas, mis debilidades, mis temores.

Fue entonces que me dio un sobrenombre por lo que sentí que había sido admitido en el círculo de sus alumnos. A cada uno de ellos, como lo descubrí más tarde, se le había

dado un sobrenombre a menudo muy gracioso y más descriptivo que su verdadero nombre. Una mujer delgada se llamaba "Flacucha". Otra, sabrosa, se llamaba "Brioche", y más tarde "Ex-Brioche". Un profesor se llamaba simplemente "Maitre". Una americana se llamaba "Cocodrilo" aludiendo a las lágrimas de este animal. Yo mismo terminé como "Demi-Petit".

Este título fue un enigma para mí por mucho tiempo, una provocación. "Petit" era tolerable, ya que soy alto. Pero ¿Por qué "Demi. . ."? ¿Habría tenido tan sólo que preguntarle? No era tan simple. Él mismo me invitó a hacerlo un día al declarar con aire pícaro en presencia de algunas personas: "Con Demi-Petit todas las cosas verdaderamente muy muy bien. Excepto una sola cosa. . .". Esperaba que le dijese "¿Cuál, señor Gurdjieff?" Pero yo ya la había visto venir de lejos. Me refugié cobardemente en mi silencio, como si no hubiese caído en cuenta de la magnífica ocasión que me había ofrecido; acomodé también sobre mi cara una especie de sonrisa, con lo cual no fue engañado, pero que podía hacer creer a los otros que yo estaba en connivencia con él y que había comprendido todo. No insistió. Lo que había querido decirme ese día, supo muy bien hacérmelo entender tiempo después de manera totalmente diferente.

En la cercanía inmediata del señor Gurdjieff no se podía dormir tranquilo. Nadie estaba a salvo de recibir una zancadilla que lo arrojara al suelo. ¡Lo admirable era que no hubiese habido más piernas rotas! Su mesa, donde al final de la comida se establecía un gran silencio para dar lugar a las preguntas de sus alumnos, era semejante al tapiz de un club de judo. El maestro, con su cráneo rasurado de samurai, esperaba tranquilamente sin moverse. El "Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?" que rompía el silencio, tenía algo de rito, como el saludo de dos judokas que se inclinan uno frente al otro. En ese instante el respeto que llenaba la sala alcanzaba su momento culminante.

Tuve la impresión de estar más allá del bien y del mal, más allá del temor, cuando por primera vez le hice una pregunta al señor Gurdjieff. Le dije: "Señor, para buscar la verdad es necesario correr el riesgo de equivocarse. Ahora bien, yo temo equivocarme. Entonces me quedo sentado tras de mi ventana y no hallo motivo ni razón para que esto termine. . .".

Yo había formulado esta pregunta porque mi vecino de la izquierda, Philippe, dándome un codazo, me había susurrado: "Lánzate, éste es el momento", ya que el señor Gurdjieff me había concedido un "oï, oï" de aprobación, y que todos los ojos se habían vuelto hacia mí y que me encontré de repente frente al espacio infinito, supongo que como un cosmonauta en estado de ingravidez que hubiese abierto la puerta de su cápsula. En el segundo de silencio que siguió sentí de nuevo fluir en mí todas las corrientes de vida a las que estaba habituado con tal fuerza que no hubiera escuchado la respuesta del señor Gurdjieff si ésta hubiese sido otra. Esta respuesta cayó sobre mí, en mí, como una avalancha. Oí, a través de la neblina, una voz que venía de la montaña, afirmando que sí, que así era, que yo no era gran cosa, que no servía para nada, que era "un pedazo de carne viviente", una "mierdosidad". "En mi país -continuó el señor Gurdjieff- hasta se le paga a la gente para deshacerse de algo así." No se podía contar conmigo. Quizá tenía yo en mi bolsillo una chequera, pero mi firma no tenía ningún valor. Sin embargo, todo podría cambiar si yo lo quisiera. Más tarde, después de la guerra quizá, mi firma podría valer algo. . .

A la pregunta insidiosa: "Señor ¿quién es usted entonces? ¿Un verdadero o un falso maestro? Yo no me embarcaría jamás en una nave sin estar totalmente seguro de la duración del viaje y de la identidad del capitán". A esta pregunta no me respondió. Me hizo volver a mí mismo, "¿y tú, quién eres tú?" con tanta fuerza que nunca lo olvidaré.

Fue un verdadero golpe maestro.

Algún tiempo después de esta velada, toqué una mañana a su puerta porque se me había encargado llevarle un recado.

Después de oírse un ruido de zapatillas en la antesala, la puerta se abrió. El señor Gurdjieff pareció sorprendido de verme. Me invitó con un gesto a seguirlo a la cocina donde estaba ocupado. A esa hora, relativamente temprana, el apartamento estaba todavía desierto. Iba a explicarle el propósito de mi visita y sacar del bolsillo el sobre o paquetito que le traía cuando me dijo: "Me falta dinero para ir al cine esta tarde. . . ¿usted, veinte francos? . . . Présteme." ¡Me quedé atónito!

-¡Darle plata a él, patriarca todopoderoso que tan a menudo nos había agasajado! La víspera habíamos sido invitados, por cierto, treinta de nosotros, a su mesa. Esta necesidad de dinero tenía que ser muy apremiante para pedírmelo a mí.

Y aún más, ¿tendría conmigo el dinero necesario?

Oculté mi confusión (sin duda muy mal), registré todos mis bolsillos y encontré un billete que le entregué, junto con el paquete que le llevaba.

Y salí de su casa lo más rápido que pude, sin pedir mi vuelto.

Él tenía el arte de sorprenderlo a uno en pleno sueño. A veces se interrumpía en medio de una frase para preguntarle a alguien a quemarropa: ¿"Cuánto es la mitad de cien?" El interpelado era el único que comprendía, y no siempre, por qué se la estaba tomando con él.

"Un día me encontré llamado a mí mismo por una observación muy trivial, mientras estaba sentado a su mesa, en plena digestión, en la euforia del calor y en el bienestar de admirar al asombroso comediante que él era. Yo estaba sentado aliado de Louise Le Prudhomme, una vieja bretona fiel entre los fieles. Aunque cojeaba, siempre llegaba a la hora, con sus zapatos bajos sin tacos y su paraguas en el que se apoyaba como en un bastón. Después de haber militado en las organizaciones sindicales y haber dedicado su vida a trabajar en los hospitales de asistencia pública, en contacto con toda la miseria del mundo, ella estaba allí, dando testimonio de la presencia del pueblo francés al lado del señor Gurdjieff.

Como estábamos sentados muy apretados, nuestros codos se tocaban, los platos se traslapaban, mientras que otros invitados, de pie detrás de nosotros, tenían que poner los suyos sobre el piano. Todas las miradas se volcaban sobre el señor Gurdjieff, sentado en su querido viejo diván. Olvidábamos la incomodidad de la situación, nos olvidábamos aun donde nos encontrábamos, porque el espectáculo de los diferentes brindis "a los idiotas" era prodigioso. (Ver apéndice)

Interrumpiendo su actuación con una pausa tan corta que nadie, creo yo, se dio cuenta, Gurdjieff me espetó: "Usted persona insolente. Mire. Usted incomoda a la señorita Prudhomme."

Fue tan justo que me enderecé de inmediato.

Se me preguntará si es útil contar una anécdota tan intrascendente. Sí, sin duda, ya que tiene un valor ejemplar. Se ve allí a Gurdjieff lanzando su flechazo en el instante y en el lugar preciso y teniendo en cuenta todas las circunstancias.

Mi sentimiento por la señorita Le Prudhomme había estado vivo al sentarnos a la mesa. Gurdjieff lo había visto declinar (en cuanto mi atención había sido tomada por la comida) y extinguirse en el instante en que yo me dejaba llevar a una beatitud admirativa como una vaca se echaría en su pesebre.

Fue justamente en ese momento que él me hizo recordarme a mí mismo haciéndome tomar conciencia de mi ausencia.

Otra sorpresa para mí fue el descubrir las relaciones del señor Gurdjieff con Su Majestad el Dinero. De eso hablaba con una libertad que rayaba en el cinismo. ¿Es así como uno se imagina a un guía espiritual? La primera vez que lo vi contar los billetes de un fajo con la destreza de un cajero, sufrí un pequeño choque. Se me había dicho en mi infancia: si alguien allegado a ti te entrega dinero, no verifiques nunca delante de él el número de billetes: "es mala educación". Eso era parte de dos o tres reglas de buena conducta incrustadas en mí. Por supuesto el señor Gurdjieff transgredía todas esas reglas que son más la expresión de una cierta hipocresía social que la de una verdadera delicadeza.

La discreta presión que ejercía el "secretario" del grupo para recordar a cada uno de nosotros la cuestión material, que reaparecía siempre, me irritaba, hasta se podría decir que me escandalizaba. A tal punto que un día arremetí:

"Señor: ¿puedo hacerle una pregunta? . . . Usted nos exige dinero, ¿por qué? . . ."

Con estas palabras algunas miradas se volvieron hacia mí con indignación, y yo continué pues ya era demasiado tarde para retroceder. "Usted sin duda quiere hacernos comprender algo con esto, ¿pero qué?"

El señor Gurdjieff me caló de un solo vistazo. "¿Usted libre jueves? . . . Bien, entonces venga a almorzar conmigo. Tomaremos verdadero café y yo le explicaré. . ." (no se servía de esa época sino horribles brebajes de cebada tostada: el verdadero café era de por sí todo un acontecimiento.)

Terminado el almuerzo seguí al señor Gurdjieff a la pequeña habitación que se reservaba siempre para las conversaciones privadas. Reinaba allí la atmósfera apacible de una biblioteca en la que los muros habrían estado cubiertos de antiguas encuadernaciones. De hecho no se trataba de manuscritos raros sino de pomos que se alineaban en hileras, conteniendo bulbos, hojas, raíces de especias del mundo entero. Hoy ya no alcanzo a recordar precisamente la conversación que se desarrolló en torno de nuestras dos tazas de café turco. Resultó que el señor Gurdjieff tenía una gran familia y que esta familia le costaba muy caro.

Yo no podía defenderme de la bizarra impresión de que él no estaba siendo totalmente sincero. Esperaba siempre la palabra que me permitiera entrever la razón profunda, la razón esotérica de sus demandas de dinero.

Algún tiempo después fui invitado a presentarme ante el señor Gurdjieff. Me preguntó si podría hacerle un mandado en un barrio alejado de París. ¡Por supuesto que podía! Me entregó entonces un papel, amarillo de viejo. Un recibo de empeño y me dio el dinero necesario para retirar el objeto que había dejado en prenda en ese establecimiento mucho tiempo atrás. Comencé desde entonces a sospechar la realidad de sus dificultades materiales.

Después de las formalidades usuales el objeto me fue devuelto. Se trataba de un reloj pesado, de oro, y de una cadena con gruesos eslabones, igualmente de oro. Se parecía al reloj de mi padre. Tan sólo el bruñido del metal dejaba ver que había acompañado a un hombre toda una vida. Cuando sentí el peso de ese objeto en la palma de mi mano adiviné, en un destello, todo un lado de la vida del señor Gurdjieff que hasta entonces me había obstinado en desconocer. Me avergoncé -sí-, me avergoncé de mí mismo.

Al mismo tiempo que dudaba del señor Gurdjieff, ya que no comprendía nada de su intención profunda, no dejé nunca de admirar con qué seguridad se desempeñaba en medio de complicaciones de todo tipo "que a menudo él mismo había provocado". Cuántas veces lo vi pasearse con la mayor calma en medio de un campo de minas que desactivaba, o por el contrario hacía explotar con la destreza de un pirotécnico.

Hoy me parece comprender lo que él les reprochaba a los periodistas ya otros manipuladores de la opinión pública (tanto como a nosotros mismos cuando discutíamos asuntos de estado o acerca del destino del mundo, al término de una buena comida) . Les reprochaba el no asumir la responsabilidad de su acción y su inconsciencia. Los periodistas son como las células de una fibra nerviosa, transmiten informaciones a toda velocidad, sin poder siempre verificar su exactitud y sin poder nunca conocer en toda su extensión cuál será el efecto, a mayor o menor plazo, de la noticia así transmitida.

Frecuentando al señor Gurdjieff me enteré de que el adagio "Sólo la verdad hierre" se complementa con su otra mitad: "Sólo la verdad sana".

En cuanto se ve a quién tiene uno delante de sí (y él lo veía a uno en su pasado, su presente y su futuro) ¿A qué no se puede atrever uno? Aquél que no ve nada, siempre herirá.

Si tuviera que resumir en una palabra todo acerca del señor Gurdjieff, diría que, comparado con cada uno de nosotros, o con cada uno de los que yo había visto manifestarse en mi familia o en público, él era un monstruo de pudor.

Se ha dicho de él que era cínico, grosero, que contaba historias que habrían hecho enrojecer a todo un regimiento.

Abundan las anécdotas en apoyo de esta tesis, algunas muy picantes. Se le podría describir entonces como un monstruo de inmoralidad.

En realidad, cada uno de los que se acercaron no vio sino una cara de él. Como una montaña muy alta, no se dejaba descubrir en su totalidad. Numerosos son los que obedecieron de una u otra manera al llamado de la montaña. Entre éstos, algunos tuvieron la idea de acercarse más a él, para comprender mejor de dónde venía su grandeza. Ahora bien, cuando se está demasiado cerca ya no se ve nada. De manera que es necesario dejar de hablar e intentar la aventura del escalamiento, es decir medirse centímetro a centímetro con la realidad de cada pendiente.

Se hacía llamar de una manera muy sencilla. La más sencilla posible. Se le llamaba "señor" o algunas veces "señor Gurdjieff". Yo había observado que los miembros de su familia y, de una manera general, todos los que lo habían conocido en Rusia lo llamaban con una familiaridad afectuosa, no "señor Gurdjieff" "sino Guirguevantch". Traté de imitarlos un día, lo que me habría permitido penetrar -sin mucho esfuerzo- en el círculo de sus íntimos. Pero de inmediato fui puesto en mi sitio de tal modo que no tuve nunca más ganas de volver a intentarlo. Aprendí ese día, pero a costa mía, algo sobre él. Recuerdo otra lección que me fue dada en su mesa, a la hora de los brindis, antes de tomar yo la palabra para hacerle la pregunta que me valió ser tratado de "pedazo de carne viviente". Mi vaso había sido llenado ya varias veces con Armagnac; una por cada brindis. Como yo no estaba acostumbrado a beber tanto alcohol, trampeaba dejando mi vaso medio lleno para no vaciarlo sino hasta el último momento.

El señor Gurdjieff se dio cuenta de ello: "No se debe beber con comida en la boca, porque alcohol noble; exige estar solo en el paladar". y dirigiéndose un momento después a mi vecino: "Director: haga ,siempre una sola cosa a la vez, la del momento presente. Pero hágala bien, esté usted ahí todo entero. No importa si durante ese tiempo negocios de millones esperan a la puerta. El hombre siempre se ocupa de siete cosas a la vez; si hace como le digo, aun para una cosa pequeña, las otras seis se harán completamente solas".

Yo no sé si el consejo iba dirigido también a mí. En todo caso lo escuché y saqué provecho de él. Descubrí que cuando él quería hacer comprender alguna cosa importante a alguno de nosotros, se dirigía a menudo a otro. Sabía también provocar el amor propio como obrar con astucia, con mucha delicadeza, para adormecerlo.

Gurdjieff era un maestro del artificio. Se podría decir también: un maestro del vestuario. Porque la verdad no puede pasarse toda desnuda por la calle y es necesario vestirla para poder soportar el verla.

En alguna parte se llama a sí mismo: el maestro de danza.

Para ser franco, debo reconocer que un cierto temor se agazapaba en alguna parte de mí, un temor de incorporarme a la danza con todo mi ser, un temor de lo desconocido. De este temor ya le había hablado en términos velados cuando por primera vez habíamos cruzado espadas.

¿De dónde venía este hombre que parecía haberse dado por tarea el interrumpir nuestro sueño y despertarnos? Tenía ese poder. ¿Pero en nombre de quién lo ejercía? ¿Con qué objeto?

Si nos hubiese proporcionado la menor indicación que hubiera permitido clasificarlo en una categoría histórica, filosófica, ética o religiosa ya conocida por mí. . .

probablemente me hubiera dormido, tranquilizado. Porque nosotros, los occidentales, necesitamos diccionarios y enciclopedias para responder a nuestra insaciable necesidad de saber llevando siempre lo desconocido a lo conocido. Podemos creernos liberados de todos los prejuicios e influencias de la moda y sin embargo nos quedamos amarrados a la manera de pensar que nos ha sido inculcada desde la infancia; procedemos por definiciones.

Eso es lo que llamamos "amar las ideas claras". A fuerza de acumular definiciones acabaremos por "saberlo todo y no comprender nada". (4) Se acuerda uno del grito trágico de aquel africano: "Los blancos piensan demasiado".

Si ahora abro el Petit Robert de nombres propios o cualquier otro diccionario o enciclopedia, no encontraré el nombre GURDJIEFF (Ivanovitch). Quizás es mejor regocijarse de que así sea en vez de deplorarlo.

El señor Gurdjieff encontraba siempre una forma de hacerse comprender por aquél a quien se dirigía. Y esto a pesar de que ignoraba las reglas de la gramática de los numerosos idiomas que hablaba. Trataba estas lenguas sin respeto, mezclaba, por ejemplo, el francés o el inglés con palabras rusas, griegas, etc., admirablemente escogidas por su eficacia.

No es su ignorancia de la sintaxis lo que quiero subrayar aquí -ésta podría haber sido una finta ya que percibía con gran finura hasta los más mínimos matices de lo que se le decía- sino más bien su gran interés por el vocabulario. ¡Cuántas discusiones por ejemplo para profundizar la diferencia entre "sentir" (francés: sentir) y "experimentar" (francés: ressentir) , o entre "aflojar" y "relajar". Esas discusiones que se instauraban súbitamente con uno u otro de nosotros y en las cuales él se las arreglaba para decir siempre la última palabra, eran para él, creo yo, una especie de descanso. Mostraba curiosidad por las sabrosas expresiones de la jerga popular, mientras que el "lenguaje de buen tono" le aburría.

Recuerdo que me preguntó un día (fue en los primeros tiempos de nuestra relación) : "¿Qué usted hace en la vida, Demi-Petit?" Yo hacía películas documentales de corto metraje, de las que era el "director". Pero me parecía el término un poco demasiado pomposo para atreverme a usarlo delante de él. El término más simple y preciso de "realizador" comenzaba a usarse para designar mi oficio; pero yo temía que no lo comprendiese. Le dije entonces que yo "creaba" películas documentales. "¿Crear?" Fue como si yo hubiese empleado una palabra espantosamente obscena. "Usted no crear. Usted mierdosidad!". Y desarrolló este tema, lo que me recuerda la respuesta que me dio en Mosul, en Irak, un musulmán de devoción y compasión ejemplares, a quien me había presentado su hijo. Este último trabajaba en los laboratorios de la Irak Petroleum

Co. (y que por tanto ya estaba contaminado por las ideas occidentales) . Le pregunté al viejo, por intermedio de su hijo, por qué en el Islam no es correcto tomar fotos de hombres o mujeres. El me dijo: "Es porque cuando llegue el Día del juicio, se le exigirá darle un alma a sus fotografías. y usted no podrá hacerlo. Sólo Dios tiene el poder de crear."

"Era en el año 223 después de la creación del mundo, de acuerdo con un cálculo objetivo del tiempo, o, como lo dirían en la Tierra, en el año 1921 de la era cristiana. "Volaba por el universo la nave Karnak . . .  
". . . en esa nave transespacial. Se encontraba Belcebú, con sus prójimos y sus familiares..."

El recién llegado, al ingresar en un ciclo de lecturas en voz alta de los Relatos de Belcebú a su Nieto en casa del señor Gurdjieff, se veía obligado a tomar la nave interplanetaria en pleno vuelo o ir a alcanzarla allí donde Belcebú hubiese tenido a bien anclarla.

Los pasajeros de esta inmensa navegación a través del tiempo, el espacio y las civilizaciones sucesivas de nuestro planeta habrían podido encontrarse en cualquier lugar del sistema solar. Yo tuve la suerte de encontrarlos en el Tibet donde su pequeña caravana parecía estar sumergida en toda suerte de dificultades.

(Mis camaradas apenas tuvieron tiempo para prevenirme: "Vas a ver. No se trata en absoluto de lo que tú crees. Habrá muchas palabras bizarras que te parecerán incomprensibles. Es bueno que sepas, por ejemplo, que las "criaturas tricerebrales" son los hombres..)

Alrededor de sus campamentos, encendían grandes fuegos en la noche para protegerse, ellos y sus cuadrúpedos, de otros "seres bicerebrales" llamados "tigres", "hienas" y "leones".

Inmediatamente fui cautivado por el encanto de este relato. Pero cuando planteaba lo que, me pareció a mí, eran asuntos de la física del globo terráqueo y de los terremotos o "sobresaltos del planeta", perdí un poco el contacto.

Arrastrado por el mecanismo de la lectura en voz alta, el lector había leído con sobrada seriedad que, de lo alto de las montañas del Tibet, con un buen "teskuano", casi se habría podido distinguir el otro lado de la tierra. (Yo no tuve necesidad de ningún léxico para comprender la palabra "teskuano") .

Me encontraba todavía relativamente fresco cuando topamos con un relato horrible, aquel de los desdichados adeptos de la secta de los "domadores de sí", que se dejaban morir, emparedados en vida, dentro de pequeñas celdas que no tenían más que una abertura del tamaño justo para que se les pudiera pasar, cada 24 horas, con gran veneración, un pedazo de pan y un pequeño cántaro de agua.

Esta historia me produjo una impresión inolvidable, a tal punto que cuando llegamos al tema del planeta Marte, del pan, del trigo y de la cadena de alimentos que liga todo lo que existe en el mundo, por un momento me dejé aullar por las palabras. El autor sentía una ternura evidente al hablar de la Tierra, "planeta del prolongado y vano sufrimiento", y de sus vastas extensiones cubiertas de agua a las que llamaba con un nombre extraño. Reconocí entonces, como si lo descubriera por primera vez: el océano. El capítulo había terminado, pensé que el lector iba a detenerse. Pero, imperturbable, recomenzó:

"Capítulo 23. Cuarta estada personal de Belcebú en el planeta Tierra".

Se trataba ahora de nuevos personajes, de un cierto Gornajur Jarjar cuyo nombre sonaba raro a mis oídos y del que se decía que era "el amigo de la esencia" de Belcebú, así

como del director de un observatorio situado en el planeta Marte, a quien el autor, que yo confundía en mi mente con Belcebú, llamaba "mi tío Tuilán", De paso observé que el teskuano del tío aumentaba hasta 7.285.000 veces la visibilidad de las concentraciones cósmicas lejanas.

Escuchábamos con la mayor seriedad, alertas a no ceder demasiado pronto a la fatiga. Yo sentía que era necesario adaptarse al texto a cada instante y, por ejemplo, no insistir en penetrar a toda costa en el sentido de lo que no era más que una broma. "Quien quiere viajar lejos cuida su montura".

¿Pero, cómo discriminar? Luego llegó el famoso pasaje sobre los monos. Me enteré de que, contrariamente a la idea generalmente admitida y enraizada en mí desde mi infancia, según la cual el hombre desciende del mono, son los monos los que descienden del hombre, o más precisamente, de la mujer. Y esto porque en un pasado remoto, después que la catástrofe de la Atlántida había aniquilado a los hombres, las infelices mujeres, privadas de sus parejas, hicieron el amor con los animales. El texto decía que habían hecho "fusionar sus hexioejaris con los de seres cuadrúpedos de distintas especies". De ahí, las diferentes familias de monos.

Era un "cuento chino", (como suele decirse) , contado con tan buen humor y abarrotado de explicaciones tan profundas sobre la dualidad de los sexos, que me pregunté; ¿fue eso una broma (pero entonces, ¿para señalarnos qué cosa?) , una especie de provocación, o bien la pura y simple verdad, la verdad "histórica"?

No pretendo hoy en día haber esclarecido por completo este espinoso asunto. A la luz de los más recientes descubrimientos antropológicos, el homo sapiens tiene un origen mucho más antiguo del que se creía hace algunos años y todavía no se ha encontrado el famoso "eslabón" que permitiría establecer que, en efecto, el hombre desciende del mono.

En el transcurso de las lecturas siguientes fui llevado a menudo a hacerme preguntas igualmente embarazosas a propósito de la física, de la biología, la astronomía, la medicina, la etnología, la que el encanto de los Relatos de Belcebú consiste en que uno encuentra allí absolutamente de todo: "hasta la receta del borsch", como añadiría Gurdjieff.

En cuanto al final del capítulo que escuché esa tarde, no sabría como hablar de ello. Bajo el efecto del calor y de la inmovilidad, me había dormido arrullado por una voz monótona.

Creo que se trataba de la capital del futuro Egipto, la ciudad de Tebas, cuando fui despertado súbitamente: nos llamaban para "hacer cadena" entre la cocina y el comedor. Durante esta larga prueba de resistencia la puerta se había abierto dos veces para dar paso al señor Gurdjieff. Había venido para sentarse unos instantes entre nosotros, sin interrumpir al lector, regresando luego a vigilar sus hornos. Cada vez que se abría la puerta, de la cocina nos llegaban olores deliciosos.

"Hacer la cadena" consiste en pasarse los platos, vacíos a la ida y llenos de regreso. Se trata de un gesto simple que, realizado a las diez de la noche, después de dos horas de inmovilidad, da una profunda satisfacción. Una vez abolidas todas las distinciones de edad, estatura, sexo y constituida la cadena, ésta funcionaba como una unidad. Por un lado, el señor Gurdjieff sacaba los platos del horno, cortaba la carne o las aves, distribuía las porciones, con una autoridad soberana. En el otro extremo de la cadena esperaban los platos llenos, con un plato sopero volteado sobre cada porción caliente a modo de tapa. Cuando concluía ese ballet, el círculo se cenaba alrededor de la mesa. Comíamos juntos las cosas extraordinarias que el señor Gurdjieff había preparado para nosotros.

Me he detenido un tanto en esta descripción porque el recorrido de la cocina al comedor (que evocaría hoy para algunos el del productor al consumidor) evoca muy precisamente en mí la gran cadena que existe en todo el universo entre sustancias (o energías) de niveles diferentes. Para Belcebú el universo entero, desde el átomo hasta las más lejanas galaxias, consiste en un inmenso proceso de alimentación recíproca que él llamaba "iraniranocome".

El señor Gurdjieff sobresalía en el arte de la cocina, tanto como en el de la música y la danza (o el ritmo) . Pero no me arriesgaría a aportar un testimonio en los dominios que no son de mi competencia particular. En lo que no me muestro como un buen discípulo del maestro. Innumerables anécdotas demuestran que él a menudo se divertía, por razones sólo por él conocidas, en poner al financista en el lugar del pintor y al pintor en el del financista. Una de sus excentricidades menos comprendidas.

En una sociedad como la nuestra, enamorada de la eficacia, no se bromea con las especialidades. Es por esto que los verdaderos médicos generales son tan escasos. Había notado precisamente que el señor Gurdjieff se destacaba en medicina.

Cocinaba como un gastrónomo que hubiera tenido la ciencia de un sabio -"Este especial plato georgiano, pollito, arroz y cebolla, debe comerse con los dedos, éste, postre kurdo, cuando el novio ha pedido la mano y ha sido aceptado, al día siguiente le envía este plato a la novia"- y cocinaba también como un dietista que prevee la acción de cada manjar, de cada especia sobre el organismo.

Un día me arriesgué a hacer un comentario al respecto en su presencia: "En resumen, señor ¿la cocina bien podría ser una rama de la medicina?", lo que ocasionó la respuesta: "No, medicina rama de la cocina."

Era la época de la guerra (o la posguerra) . El aprovisionamiento se había convertido en la preocupación general de los franceses. Comer hasta satisfacerse, su preocupación inmediata. Uno de nosotros iba a menudo, a dos noches de viaje (¡y en qué condiciones!) a buscar aves para la mesa de la calle Colonels-Renard; otro, que hubiera podido darle lecciones a un carnicero profesional, se encontraba antes del amanecer en un puesto del mercado central de París para entregarse a fructuosas transacciones. Comer es el acto sagrado por el cual absorbemos y asimilamos lo que Gurdjieff llamaba "el primer alimento".

Este acto exige ser apreciado. Tiene el valor de un llamado al orden ya que nos permite comulgar con las fuerzas naturales, de las que sin cesar olvidamos que dependemos. No puede realizarse como si se tratase de arrojar comida a un puerco, mientras que la mente, por su lado, o el sentimiento, se remontan a sus ocupaciones o a sus ensueños.

Es por esto que las comidas alrededor del señor Gurdjieff se desarrollaban ante todo en silencio, mientras que los diálogos, preguntas y respuestas que a menudo se asemejaban a un torneo en campo cenado, se reservaban para el final.

No sé cómo se podrían resumir las impresiones sumamente diversas que experimentábamos en el curso de esas comidas.

Si hoy en día me plantease la pregunta, hablaría de una infancia reencontrada: mi propia infancia que había sido interrumpida por la vida y cuyo sabor yo reencontraba. Me convertía, sí, en un niño en lugar del viejo joven que había llegado a ser. Un niño que no tenía ningún interés en el pasado, pero que estaba asombrado, fascinado por el presente que lo asaltaba por todas partes. Las fuertes impresiones orgánicas, viscerales, gustativas que son propias de la infancia y que son fundamentales para el desarrollo ulterior de un ser humano, permanecen en mi recuerdo como la base obstinada de todos esos intercambios con el señor Gurdjieff.

Por la noche, una vez de regreso al cuarto de hotel que ocupaba entonces, tomaba notas sobre los acontecimientos que había vivido durante el día. Mis notas no tardaron en volverse preguntas que yo me hacía a mí mismo. Más tarde desaparecieron completamente luego que hube comprendido y fechado esto que encuentro en mis cuadernos: "Miércoles 25 de julio de 1945: es siempre más necesario para mí trabajar que tomar notas."

De paso, debo señalar que en el idioma de Gurdjieff, hacer un ejercicio interior, meditar, practicar nuestro yoga, etcétera, se llamaba muy simplemente "trabajar", lo que era una manera abreviada de decir "trabajar sobre si".

Si se dudara del genio del señor Gurdjieff se tendría aquí una prueba. De todos los valores de nuestra civilización el único que permanecía aún intacto (hace unas decenas de años) era precisamente el del trabajo.

Conviene señalar que en la época de la cual hablo, no teníamos ninguna introducción o interpretación sobre el sistema de ideas de Gurdjieff. Los Fragmentos de una enseñanza desconocida de P. D. Ouspensky no habían sido publicados aún.

Yo pensaba que al escribir sobre ello conservaría una huella del instante que acababa de ser vivido y tenía la esperanza de que al juntar todos esos pequeños trozos, vería un día dibujarse frente a mí, como un gigantesco rompecabezas, el contorno del continente Gurdjieff.

Ouspensky ha hecho justamente esto, pero no lo ha hecho de manera magistral. Yo no tenía ni los medios intelectuales, ni el aliento, ni el oficio que él tenía.

Ya que esta palabra "oficio" ha surgido de mi pluma, le rendiré homenaje relatando un diálogo del que por casualidad fui testigo:

Acababan de llevarle a Gurdjieff el manuscrito del libro de Ouspensky, en su versión inglesa *In search of the Miraculous*, que iba a ser el primero en publicarse; Gurdjieff había tenido tiempo para verlo y aprobarlo; alguien le preguntó lo que pensaba sobre Ouspensky. Respondió: "¿Ouspensky? Sí, él buen perioaista". Ese fallo lapidario me extrañó porque Ouspensky había ligado sus pasos a los de Gurdjieff durante siete años. Se había separado de él luego, para enseñar independientemente en Londres, y después de todo, le hizo llegar años más tarde un testimonio póstumo de exactitud y fidelidad admirables. No se comprenderá la apreciación de Gurdjieff, se creará desdeñosa, si no le devolvemos a la palabra "periodista" su sentido noble de "oficio".

Confío esta anécdota a mis amigos periodistas rehabilitados.

El señor Gurdjieff existía como un mundo aparte, un mundo al margen de nuestras amistades, de nuestras familias.

¿Cómo y en qué términos hubiese podido hablar yo de todo lo que viví allá a quienquiera, aunque fuese a mi propia madre?

Sin embargo, tuve que ceder ante la insistencia del señor Gurdjieff y muy a pesar mío, llevé a mi vieja madre a almorzar con él un día.

Cuando estuvo sentada a su mesa, con una decena de otras personas que yo apenas conocía, no sé qué predominaba más en mí, la curiosidad o el temor. Ella era aún, en esa época, una mujer sumamente activa. Como se dedicaba, sin escatimar, a todos los humillados y desdichados que encontraba en su camino, a los ojos de algunos pasaba por una vieja chiflada, mientras que otros la veían como una santa. Lo importante para ella era no dejarse inmovilizar por la opinión pública. Con la edad había adquirido una audacia considerable.

Estaba seguro de que ella apreciaría el lado cómico del encuentro, pero que no podría dejar de exponerse, sin cautela.

Ahora bien, ella siempre había sido profundamente puritana detestaba todo tipo de alcohol, no soportaba las comidas condimentadas y los cuentos de tono subido la incomodaban.

El temor que sentía en ese momento por ella parecía un sentimiento verdaderamente filial: hubiese querido cubrirle los hombros con el manto de Noé.

"Amo, dice Dios, a aquel que ama a sus padres. ¿y usted saber por qué? Porque aquel que ama a sus padres construye para ellos una habitación en el cielo. y cuando los padres mueren, habitación vacía, Dios la habita."

Las cosas se desarrollaron como yo lo había previsto, con la única diferencia que durante toda la primera parte del almuerzo la vi quedarse tranquilamente en su sitio. Yo vigilaba su vaso. El trago que el señor Gurdjieff le había ofrecido y que ella finalmente aceptó sin hacerse mucho de rogar, se lo tomó de un solo sorbo como si se tratara de veneno. En un momento dado el señor Gurdjieff le preguntó: "¿Cuántos hijos tiene usted, madre?". "Tengo veintisiete. . . -y comenzó a explayarse sobre sus veintisiete, pobres muchachos, todos recién excarcelados de la Maison Centrale de Poissy y que ella

albergaba en su casa. El señor Gurdjieff no le dio tiempo de seguir pues le confió que, por su parte, él tenía "setenta y cinco esposas". Confidencia de la que ella no llegó a reponerse.

Al día siguiente, mi madre, habiendo vuelto a su casa en Poissy, me llamó para decirme que había estado enferma toda la noche por culpa del licor que había tomado en casa de "mi viejo caballero". Y habiendo vomitado toda la comida, se sentía mejor. Creo que entre ella y yo jamás se volvió a mencionar el 6 Rue des Colonels Renard.

En cuanto al señor Gurdjieff, él la había emprendido conmigo: "¿Su madre? La vez pasada: huésped. La próxima vez: alumna". Mi amor por ella no llegaba hasta desear arrojarla en esa hoguera.

Nunca pude cumplir realmente con las repetidas promesas que me hice de dejar de escribir sobre nuestro trabajo.

Un día anoté en mi diario una reflexión que se me ocurrió: "Esta enseñanza es una versión viril del Evangelio".

¿De qué fecha es esta anotación? No lo recuerdo. Era seguramente de una época en la que todavía no teníamos en nuestras manos ni Fragmentos de una enseñanza desconocida ni ninguno de los libros del propio Gurdjieff. (5) De otro modo, hubiésemos podido verificar que él mismo definía su enseñanza precisamente como un esoterismo cristiano.

Pero no era así como se nos había presentado. ¿Es necesario recordar aquí que la enseñanza de Gurdjieff era puramente oral, y que surgía espontáneamente de las circunstancias de la vida, o de los diálogos con sus alumnos? Yo puedo atestiguar que durante los años que lo conocí (esta restricción es importante) nunca lo vi dar una "cátedra". La sola idea de verlo sobre un estrado, de conferenciante, o subido a un púlpito como predicador me parece absurda.

Es verdad que no viajaba, ni por Francia ni por ninguna otra parte, sin ir rodeado de una especie de corte, la corte abigarrada de sus alumnos que sorprendía a las autoridades hoteleras o policíacas. Ellos ignoraban, sin duda, que en la antigüedad, y aún hoy en día en África o en Asia, es así que el maestro vive a expensas de sus alumnos y los alumnos bajo la mirada del maestro.

En el instante en que me atravesó como un relámpago la idea de que la enseñanza no era otra cosa sino una versión en lenguaje diferente del Evangelio, me sobrecogieron a la

vez una gran alegría y una cierta inquietud. ¿Por qué? Digamos simplemente que tuve el sentimiento de adentrarme en un terreno reservado. Porque el cristianismo no nació ayer. Pertenece por derecho a los santos ya los doctores de la Iglesia.

Y es más, aun encontrándose universalmente en duda hoy en día, está claro que sigue siendo la base de nuestras instituciones, de nuestros códigos, de nuestra ética y que impregna muy profundamente nuestros pensamientos. ¿Cómo era posible que no lo hubiésemos reconocido hasta entonces en esa enseñanza desconocida?

Para reconocerlo bajo una forma que nunca habíamos visto, hubiese sido necesario haber saboreado la esencia (que guarda su sabor a través de todos los cambios de apariencia) . ¿La esencia del cristianismo? No esperen de mí que trate de definir aquello que parece estar más allá de toda definición. Sería sin embargo injusto pretender ignorarla por completo.

Cuando yo abro el Evangelio recibo un impacto muy fuerte. Es una lectura ardiente, salpicada con palabras de una inteligencia tan aguda, que se hacen inolvidables.

"¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?" (Mateo VII, 3.)

"Más esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella." (Juan VIII, 6-7.)

"Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no? Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostrad me la moneda del tributo. y ellos le presentaron un denario. Entonces les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción? Le dijeron: De César. Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios." (Mateo XXII, 17-21.)

"Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?" (Mateo VII, 16) .

"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres." (Mateo V, 13.)

Estas palabras que han sido tan a menudo citadas y recitadas, que se podrían creer pasadas, como un licor que ha envejecido demasiado, están tan vivas como nunca.

Pero sería un error reducir el Evangelio a nada más que un libro de sabiduría, a la manera de un escrito taoísta o confucionista. Es también el recuento de un hecho histórico -bastante oscuro, puesto que no lo conocían los analistas de la época- que ha tenido un tan profundo impacto en la sensibilidad de los seres humanos, que ya no se sabe si la historia tiene el valor de un mito inmenso o bien, si el mito, como pretenden algunos, ha tomado la forma de una historia que se cuenta de generación en generación desde hace dos mil años y que se conmemora en las iglesias y las plazas públicas como un drama sagrado.

El escenario no ha cambiado con el correr de los años. Pero cada siglo lo cuenta a su manera, así que el mito se ha convertido en un espejo.

Es así que el siglo XIX no ha retenido del héroe central, Jesús, más que su compasión, su dulzura, su no-violencia.

Digamos que ésa es la imagen que nos presenta Renán. Si hoy en día esos trazos son acentuados, es con el fin de ponerlo a la cabeza de los rebeldes de todos los tiempos, de enlistarlo en la defensa de las clases oprimidas, en resumen, de hacerlo luchar contra César al nivel de César. Es otra vez San Sulpicio, (6) pero al revés. Es así "recuperado" por la política.

Pero el fondo de la historia -lo que la ha vuelto inolvidable- es el escándalo de un justo llevado al suplicio por una conjuración de fuerzas inconscientes, abandonado, humillado crucificado, muerto en la cruz. Y al tercer día, el triunfo de la vida, la noticia "Cristo ha resucitado" que se propaga con una rapidez sorprendente en el mundo greco-latino y más allá.

Gurdjieff no abordaba a menudo este tema con nosotros pues consideraba que no teníamos ningún conocimiento en ese campo.

"Imagínense -escribe- que un europeo culto, es decir un hombre que no sabe nada sobre religión, encuentra la posibilidad de un camino religioso. No vería nada, etc. etc. . . ". Cuando Ouspensky le preguntó a Gurdjieff: "¿Cuál es la relación de su enseñanza con el cristianismo como nosotros lo conocemos?" provocó esta respuesta: "No sé lo que ustedes saben sobre el cristianismo. Sería necesario hablar durante mucho tiempo a fin de aclarar lo que ustedes entienden por ese término. Pero para beneficio de los que ya saben diré, si así lo quieren, que éste es el cristianismo esotérico."

Gurdjieff hablaba en esos términos a alumnos que podríamos llamar "cristianos" (con todas las restricciones que se imponen) puesto que ellos pertenecían a la Rusia pre-revolucionaria y que su búsqueda personal los había impulsado ya sea a tratar de liberarse de una influencia que los había decepcionado, o por el contrario a explorar sus misterios para reencontrar el significado esencial.

Un día les explicó a sus alumnos venidos de América o de Inglaterra para reunirse con él en el Prieuré de Avon, que cristiano es solamente aquel que es capaz de poner en práctica los mandamientos de Cristo. Haciendo alusión al bien conocido mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo, preguntó quién era capaz de cumplirlo. "Si ha tomado una taza de café, ama; si no, no ama."

"Dr. X, si le cachetearan la mejilla derecha, ofrecería usted la izquierda?"

"Los mandamientos existen como un ideal, pero la ciencia que nos permitiría observarlos se ha perdido. Esta ciencia constituye sin embargo, la otra mitad del cristianismo, su esoterismo. Se ha conservado en ciertas escuelas. Cada uno de ustedes podrá iniciarse en ella durante su estadía en el Instituto que acaba de abrirse en el Prieuré, a condición de que sienta la necesidad."

De esta manera hablaba solamente a personas que tenían cierta noción del cristianismo. Pero se sabe cuan poco le importaba la etiqueta. Judío, cristiano, budista, lamaísta, islámico. . . en cuanto se llega al meollo del asunto, se toca la misma verdad bajo denominaciones diferentes.

Él ya había explicado estas cosas a sus alumnos de Moscú en 1916 y aquí tenemos el muy preciso relato de Ouspensky:

"Recuerden, dijo, que toda religión verdadera -hablo de aquellas que fueron creadas por hombres realmente sabios con una meta precisa- está compuesta de dos partes. La primera enseña lo que debe ser hecho. Esta parte recae en el dominio de los conocimientos generales y se corrompe con el tiempo a medida que se aleja de su origen. La otra parte enseña cómo hacer lo que enseña la primera. Esta segunda se conserva secretamente en ciertas escuelas, y con su ayuda siempre se puede rectificar lo que ha sido falseado en la primera parte, o restaurar lo que ha sido olvidado.

"Sin esta segunda parte, no puede haber conocimiento de la religión o, en todo caso, este conocimiento permanece incompleto y muy subjetivo.

"Esta parte secreta existe en el cristianismo como en todas las otras religiones auténticas y enseña cómo seguir los preceptos de Cristo y lo que significan realmente."

¿Cuál es el sonido fundamental que se desprende de palabras como éstas?:

-Feliz el que tiene un alma, feliz quien no la tiene, pero dolor y pena para el que sólo la tiene en embrión.  
-Hoy existe para reparar el ayer y preparar el mañana.  
-Los que no han sembrado nada en su vida responsable no tendrán nada que cosechar en el futuro.  
- Toda vida es una representación de Dios. Aquél que ve la representación, verá lo que está representado. . . aquél que no ama la vida, no ama a Dios (7).  
Cuántas veces no planteó a sus alumnos que hay solamente dos maneras de extirpar al hombre (aún no nacido) del animal (que lo lleva en gestación) : "El trabajo consciente y el sufrimiento voluntariamente asumido".  
Ese era el alfa y el omega de su enseñanza, ése su último mensaje, la botella que lanzó a las aguas antes de desaparecer en el océano.  
Habría que ser sordo y ciego para no reconocer la identidad esencial de este pensamiento con la tradición cristiana.

Cuando evoco una "versión viril" del Evangelio, conviene recordar que nací hace casi 75 años en una familia de la burguesía francesa protestante.  
En aquella época que mostraba los rasgos del siglo XIX llevados hasta la caricatura, la ciencia parecía objetiva, despiadada, en una palabra: masculina. La religión por lo contrario: subjetiva, sentimental, compasiva, en una palabra: femenina.

Esos dos puntos de vista considerados unas veces complementarios, otras, incompatibles, formaban la base del diálogo masculino-femenino. Recuerdo muy bien que los hombres hablaban entre ellos de la religión con una especie de ironía, como una concesión a la debilidad de las mujeres; solamente en los días de entierro disimulaban su soberbia.

Hoy en día podríamos del mismo modo sostener lo contrario.

El cientifismo (tanto como la militancia política) está fundado en la idea del progreso indefinido que promete descubrimientos o hazañas maravillosas. Es generador de devociones a menudo fanáticas, más femeninas que masculinas. Mientras que la inquietud metafísica, que es la base de la religión, exige el coraje de abrir los ojos sin temor a preguntas aparentemente sin respuesta, actitud que yo calificaría de esencialmente viril.

En el judaísmo, en el islam, la religión, sin ser el atributo de ninguno de los dos sexos, concierne sobre todo a los hombres. El cristianismo primitivo, ya sea judío, ya sea griego, comparte el mismo sentimiento.

Simón Pedro dijo: Que Miriam se aparte de vos, porque las mujeres no son dignas de la vida. Jesús dijo: He aquí que yo la atraeré para hacerla varón, para que ella también se vuelva un espíritu vivo, semejante a vosotros, varones, pues toda muter que se convierta en varón entrará en el reino de los cielos. (8)

Ciertos relatos hacen pensar que Gurdjieff no tenía simpatía por el clero. ¿Cómo un ser profundamente religioso podría no sentir un distanciamiento instintivo con respecto a los funcionarios de la iglesia? El ejemplo más conocido que nos viene a la mente es el de Jesús de Nazareth, entregado finalmente a sus verdugos por el sumo sacerdote, después de haber chocado toda su vida contra el formalismo de los fariseos, a quienes llamaba "raza de víboras" y "sepulcros blanqueados".

El anticlericalismo de Gurdjieff no iba dirigido solamente contra el pope, el archimandrita o el patriarca, sino también contra los sacerdotes de otros credos, estuviesen disfrazados de civiles o no, e incluía ese punto culminante de nuestras fantasías cuando hablaba de "su Señor Dios" (un personaje tallado a nuestra semejanza

que paseándose en su jardín, sacaría cigarros de sus bolsillos para ofrecerlos a los elegidos, como en la película Green Pastures) .

Ninguno de nosotros olvidará el servicio religioso que se celebró con gran pompa en la catedral rusa de la calle Daru en París, para el entierro del señor Gurdjieff. Pienso que los miembros del clero que oficiaron ese día tampoco lo olvidarán. Se podría decir que la atención era tan grande que zarzas ardientes se levantaron por encima del ataúd. Como en todos los servicios ortodoxos, la congregación estuvo de pie, absolutamente silenciosa; y se dispersó solamente después que las últimas luces fueron apagadas y que las puertas del iconostacio se cerraron.

¿De dónde venía Gurdjieff? Nosotros no sabíamos nada de su infancia ni del pueblo de Kars donde nació. La provincia de Kars, hasta ese entonces poblada por griegos y armenios, había sido anexada por los rusos pocos años después de su nacimiento. Avanzando con la gran ola occidental y tecnológica que representaba entonces el imperio ruso, con sus telégrafos, sus ferrocarriles y funcionarios, y dejándola atrás, él había penetrado hasta el corazón del Asia Central para visitar monasterios y lugares donde se había conservado un conocimiento secreto. El no nos habló jamás de esa etapa de su vida.

A partir del momento en que reapareció en Rusia (que era todavía la santa Rusia zarista) su marcha de Este a Oeste nos es más conocida. Es difícil decir si ésta se debió a las circunstancias o al destino, o si ésta es la prueba de que él se había prefijado una misión con respecto al Occidente.

En París, donde se instaló, formó parte de la primera ola de inmigrantes venidos de Rusia. El Prieuré de Avon, cerca de Fontainebleau, que compró en 1924 para abrir allí su Instituto para el desarrollo armónico del hombre, es historia (tan cercana a nosotros que casi la podemos tocar) pero ya es también leyenda, pues solamente sabemos de la vida que se llevaba allí a través de los relatos asombrosos de aquellos que tuvieron la experiencia.

Es notable que el movimiento de Gurdjieff hacia el Occidente no se haya detenido en Francia, ese pequeño cabo occidental de Europa, ni tampoco en "la valiente islita frente a las costas francesas", como un periodista con mucho humor llamó un día a Gran Bretaña, en la época en que nosotros fuimos prácticamente borrados del mapa del "mundo libre", mientras que Inglaterra sola resistió las fuerzas del Eje.

Gurdjieff pasó varias temporadas en Estados Unidos, a fin de asegurarse antes de morir, de que su enseñanza estuviese firmemente implantada allí.

¿De dónde venía él, o más bien, de dónde regresaba? Del exilio, de un largo exilio que no podemos decir que él lo había sufrido pues le había dado un significado y había asumido voluntariamente todas sus consecuencias. Bajo esta perspectiva, el servicio solemne celebrado después de su muerte de acuerdo a los ritos de la iglesia ortodoxa rusa significó el regreso de un exiliado a la tierra de su nacimiento. Fue devuelto a los brazos maternos de la iglesia en presencia de sus dos familias nuevamente reunidas, la de la sangre y la del espíritu.

Cualquiera que hubiese sido nuestra ignorancia del lenguaje litúrgico de la iglesia ortodoxa, pudimos reconocer el "Gospodi ponema" y el "Kyrie eleison", que habían reconfortado a todos sus ancestros.

Es verdad que todos somos exiliados pues cuando entramos en este mundo somos desterrados de la patria desconocida donde nacimos. Desde que abandonamos la infancia, nos sentimos expulsados de su verde paraíso. Y al final, nos aferramos a los últimos hilos de vida que nos quedan en vez de prepararnos para lo inevitable.

Ahora bien, una de las características del señor Gurdjieff era que no lamentaba el pasado. ¿Los altiplanos de Anatolia, las "estupas" del Asia budista, las cúpulas doradas de las iglesias rusas, o bien el vulgar estrépito de Broadway? Poco le importaba.

Estando en el exilio en cualquier lugar, estaba siempre en casa.

Hay en la rue des Acacias en París una taberna por la cual yo nunca paso sin voltear la cabeza para echar un vistazo al interior. Pues ahí vi más de una vez al señor Gurdjieff, sentado en una banca de fieltro rojo examinando la comedia humana, sin cesar renovada y siempre la misma, que se representaba entre los clientes alrededor del bar. El hecho de ver al señor Gurdjieff por un instante sin ser visto por él era demasiado excepcional como para dejar de recordarlo. Recuerdo que su rostro, un rostro de viejo atleta lleno de conmiseración por los seres humanos, tenía un aire de melancolía, como si perteneciese ya a "otro lugar" cuyo nombre no nos diría.

Esto ocurría en los últimos años de su vida.

El sabor esencialmente cristiano de la enseñanza, tan bien calificada por Ouspensky como enseñanza desconocida, generalmente pasa desapercibido. Ahora que sin duda, Gurdjieff había querido que así fuera. Si nos hubiese revelado que enseñaba en línea recta con el Evangelio -lo que, según yo, se deduce de la lectura de sus obras- habría provocado los peores malentendidos. No estábamos maduros para tal confianza.

Nuestro discernimiento sobre ese punto en particular no iba más allá que el de la vaca cuya historia nos contaba con tanto gusto. Esta vaca, muy bien cuidada por su propietario, se iba todos los días por los campos y al atardecer regresaba al establo por sí misma, sin que nadie le indicase el camino. Se paraba frente a su puerta sin equivocarse nunca, corría la tranca y entraba para encontrar su cama de paja y su comedero.

Pero llegó un día en que se paró frente a una puerta que parecía ser la suya, pero que no reconoció porque alguien durante el día la había pintado de rojo.

Gurdjieff era irresistible en su descripción de la vaca desgarrada entre "Sí, por supuesto, ésa es la puerta de mi establo" y "no, sin embargo, ésa no puede ser".

La perplejidad del bovino, el espesor de su masa atravesada por un rayo de conciencia, se volvía asunto nuestro ya que en la fábula el animal representa al hombre.

Para evocar esta situación él adoptaba el tono a la vez burlón y compasivo que ya le conocíamos cuando trataba a alguien de *svolatch*, palabra rusa para canalla. Porque el hombre y el animal se encuentran situados cada uno en su lugar en la gran escala que enlaza a todas las criaturas.

¿Quién había tenido la idea de pintar la puerta de rojo? Es una pregunta para no hacerse. Sin embargo, me gusta evocar a Lutero cuando clavó sus tesis en la puerta cerrada de la iglesia de Wittenheim en la alborada de la Reforma, o, en nuestros días, a Gurdjieff tras una máscara tántrica, abriéndose camino hacia el Occidente después de dos mil años de cristianismo.

Paul Valéry dijo: "Pensar es perder el hilo". ¿Afirmación sorprendente? Es que se refería a un pensar verdadero, capaz de interrogarse, y no a ese pensar que fluye al borde del agua siguiendo la corriente de asociaciones de ideas, tan pronto como cesa la interrogación activa y ferviente de nuestra mente. (Cf. Heidegger: "El cuestionamiento es la piedad del pensamiento")

No estoy tratando de asentar sin más discusión que Gurdjieff era cristiano. Me niego a pensar sólo en términos de "sí" o "no", como una computadora. La cuestión de saber si Gurdjieff era o no era cristiano (o si a la vez era y no era) es demasiado importante para deshacernos de ella con una reflexión superficial.

Pues la crisis en que todos estamos envueltos en el planeta Tierra y que estremece las bases mismas de nuestra existencia y de nuestra civilización es la del fin del cristianismo.

¿Podría ser que ante nuestros ojos esté creciendo un nuevo retoño en el viejo árbol del cristianismo?

Tal vez para asegurar de que así es, habría que evocar los dogmas cristianos de la Revelación, la Encarnación, la Santa Trinidad, la Redención, la Comunión de los Santos y la Resurrección de la Carne, examinar uno tras otro estos aparatos solemnes que uno sacaría de los museos donde han sido guardados -esto, por supuesto, con la ayuda de los teólogos- para restablecerles la plenitud de su sentido y compararlos con las afirmaciones fulgurantes que les corresponden en la enseñanza de Gurdjieff.

Pero esto sería ir mucho más allá de la promesa que yo me había hecho de no decir más que dos o tres cosas esenciales sobre el señor Gurdjieff.

Como ejemplo de la manera de enseñar no-dogmática y totalmente práctica que tenía Gurdjieff, contaré lo que me ocurrió una víspera de Navidad (la Navidad rusa que se celebra trece días después de la nuestra). Yo había sido convocado a su casa donde encontré a otro de sus alumnos. El dueño de casa nos hizo entrar al salón vacío. En el centro había juguetes, golosinas y naranjas. Se trataba de repartirlos en bolsitas de papel para que cada niño recibiera su parte.

Un bonito pino recién traído del mercado de flores era testigo de que todo se haría según las reglas. Yo me encargué de transformarlo en árbol de Navidad. Tenía al alcance de la

mano las guirnaldas, las velas y las estrellas necesarias. Para un alsaciano como yo, era un trabajo profundamente satisfactorio.

Había casi terminado cuando Gurdjieff entró, echó un vistazo a nuestra labor y acercándose al árbol, me indicó que lo colgara del techo. Yo no podía creerlo. "¿Pero... señor... de ese gancho allá arriba? ¿Cabeza abajo? ¿Las raíces en el aire?" Pues eso era exactamente lo que quería. No me quedó más que desvestir el árbol, subirme a un escabel y fijar las raíces al techo lo mejor que pude. En cuanto a las velas, no había recibido ninguna indicación y Gurdjieff ya había salido de la habitación.

La historia es para dejarlo a uno perplejo. Es fácil decir: "Ese hombre no hace nada como los otros. Dejen de interrogarse al respecto". Por el contrario, yo siempre le atribuyo una intención precisa. ¿Cuál era en este caso? ¡Que aquel que tenga oídos para oír, que oiga!

La enseñanza de Gurdjieff, aun si se tuviese la tendencia de aceptarla o rechazarla en su totalidad, según la propensión a la pereza que nos es natural, no se deja manipular en forma barata. Su virtud vigorizante y provocadora es inagotable.

Daré dos ejemplos de ello. El primero no parece, a primera vista, relacionado con las preocupaciones precedentes que se refieren a los dogmas bíblicos o cristianos. Se trata de Relatos de Belcebú a su nieto. ¿Cuál es el hilo conductor? Es el exilio de Belcebú, desterrado de su planeta natal a causa de una falta que cometió por un exceso de orgullo en su juventud, obligado a adquirir la experiencia y la sabiduría que le faltaban a través de duras pruebas en el curso de un largo viaje (que lo llevó hasta los confines del sistema solar). Aquí se reconoce el argumento (viaje - pruebas - realización) común a todos los viajes de iniciación en todas las tradiciones. Un cristiano diría que es la historia de una redención.

El desafío de Gurdjieff se debe al hecho de haber escogido como héroe de esta aventura al mismo Príncipe del Mal, es decir, a Belcebú. Como para recordarnos que el mal no

está excluido de las leyes del universo pero que es, por el contrario, ya todo nivel, uno de sus impulsos, el principio sin el cual no podría haber redención individual.

Esta cuestión no nos puede dejar tranquilos.

El segundo ejemplo nos toca particularmente a nosotros, los cristianos, pues tiene que ver con un personaje, Judas, a quien hemos aprendido a considerar desde niños como el traidor por excelencia. Entregó a su maestro. Cobró la recompensa de su traición, sus treinta monedas de plata. y luego fue y se ahorcó. ¡Que la vergüenza y la condena eternas caigan sobre él por siempre!

Ahora bien, Gurdjieff en Relatos de Belcebú no cuenta la historia de esa manera. Judas habría sido el mejor y más fiel de los discípulos. Jesús, habiéndolo tenido bajo su mirada todos los días hasta la cena fatal del viernes santo, no podía haber dejado de percibir en su corazón los pensamientos más íntimos de su discípulo. Si leemos la escena del arresto en los Evangelios, podemos estar seguros de que, en efecto, los dos actores principales, Jesús y Judas, actuaban en perfecta connivencia. Iscariote había sido encargado de la peor misión: traicionar aparentemente a su maestro. Él cumplió con su deber con un coraje ejemplar.

Entonces, ¿cómo se puede explicar que la cristiandad no ha cesado, después de veinte siglos, de maldecir a Judas? Me permito señalar que la cristiandad, de la misma manera y a lo largo de los siglos ha lanzado anatema contra el pueblo judío, acusado de ser "deicida" como responsable de la muerte de Cristo. Hubo que esperar una decisión del Vaticano II para abolir esta acusación fantástica. (Decreto conciliario Nostra Aetate promulgado por el papa Paulo VI el 28 de octubre de 1965)

En el curso de conversaciones que Gurdjieff había tenido con sus alumnos de Moscú, o en San Petersburgo, en 1916, explicó de dónde venía la iglesia cristiana tal como la conocemos, y cuál había sido originalmente su función verdadera.

He aquí una cita extensa de este texto primordial: "Conocemos mal el cristianismo y las formas del culto cristiano, y no conocemos su historia, así como tampoco el origen de una cantidad de cosas. Por ejemplo, la iglesia, el templo donde se reúnen los fieles, y donde se celebran los oficios según los ritos particulares. ¿Dónde se originó? ¡Cuántas personas hay que nunca han pensado en esto! Unos se dicen que las formas exteriores del culto, los ritos, los cánticos, han sido inventados por los Padres de la Iglesia. Otros piensan que las formas exteriores han sido tomadas, por una parte de los paganos y, por otra, de los hebreos. Pero todo eso es falso.

La cuestión de los orígenes de la iglesia cristiana, es decir del templo cristiano, es mucho más interesante de lo que pensamos. Primeramente, la iglesia y su culto, en la forma en que se presentaban en los primeros siglos de la era cristiana, no podían provenir del paganismo; no había nada parecido, ni en los cultos griegos y romanos, ni en el judaísmo. La sinagoga, el templo judío, los templos griegos y romanos llenos de dioses, eran muy diferentes a la iglesia cristiana que apareció en el primer y segundo siglo. La iglesia cristiana es una escuela, de la que ya no se sabe que es una escuela. Imagínense una escuela donde los maestros den sus cursos y hagan sus demostraciones, sin saber que son cursos y demostraciones; y cuyos alumnos o los simples oyentes tomen los mismos cursos y demostraciones por ceremonias, ritos, o "sacramentos", es decir por magia. Eso se parecería bastante a la iglesia cristiana de nuestros días.

"La iglesia cristiana, la forma cristiana del culto, no ha sido inventada por los Padres de la Iglesia. Todo fue recogido de Egipto -pero no del Egipto que conocemos, todo ha sido recogido, tal cual, de un Egipto que no conocemos. Este Egipto estaba en el mismo lugar que el otro pero existía desde mucho tiempo antes y no se confundía con el otro. Solamente ínfimos vestigios han sobrevivido en los tiempos históricos, pero fueron conservados en secreto, y tan bien que ni siquiera sabemos dónde.

"Les parecerá extraño si les digo que este Egipto prehistórico era cristiano varios miles de años antes del nacimiento de Cristo, o por decirlo mejor, que su religión se basaba sobre los mismos principios, sobre las mismas ideas que el verdadero Cristianismo. En este Egipto prehistórico había escuelas especiales, llamadas "escuelas de repetición". En estas escuelas, en fechas fijas, y en algunas de ellas aun todos los días, se daban, bajo forma condensada, repeticiones públicas del curso completo de las ciencias que se enseñaban en ellas. La "repetición" duraba a veces una semana entera, a veces un mes. Gracias a estas "repeticiones", los que habían seguido los cursos mantenían contacto con la escuela, y podían así retener todo lo que habían aprendido. Algunos venían de muy lejos para asistir a estas "repeticiones", y volvían a partir con un nuevo sentimiento de pertenecer a la escuela. En el transcurso del año, varios días especiales eran consagrados a "repeticiones" muy completas, que se desenvolvían con una solemnidad particular, yesos días tenían un sentido simbólico.

"Estas 'escuelas de repetición' sirvieron de modelo a las iglesias cristianas. En las iglesias cristianas, las formas del culto representaban casi enteramente el 'ciclo de repetición' de las ciencias que tratan del universo y del hombre. Las oraciones individuales, los himnos, el responso, todo tenía un sentido propio en estas repeticiones, así como las fiestas y todos los símbolos religiosos, pero su significado se ha perdido desde hace mucho tiempo."

Y más adelante agrega:

"Una ceremonia es un libro donde están escritas mil cosas. Quienquiera que comprenda podrá leerlo. A menudo un solo rito tiene más contenido que cien libros."

A la luz de esta respuesta descubrimos el aspecto profundamente tradicional del pensamiento de Gurdjieff. Desde allí sólo hay que dar un paso para enlazarlo en el campo de los tradicionalistas, es decir de los que en el extremo occidental del pensamiento rechazan la ilusión del progreso en nombre de una sola tradición primordial.

Asimismo, si no se quiere ver más que un aspecto de su pensamiento, lo veríamos como uno de los inspiradores del movimiento ecológico o incluso como uno de los precursores del psicoanálisis. (Ver apéndice)

Gurdjieff apareció a principios del siglo como un megalito caído del cielo, sobreviviente de no sé qué catástrofe, plantado como un desafío en su aislamiento. En una palabra: anacrónico.

Esto ya ha dejado de ser así. Bajo la presión de todos los descubrimientos arqueológicos, etnológicos, psicoanalíticos, sociológicos que de nuevo ponen en juicio los puntos de vista demasiado estrechos del siglo XIX, nuestro siglo le ha dado alcance a Gurdjieff y hasta trata de apropiárselo. Frente a este fenómeno, que es particularmente visible en las costas americanas del Pacífico en California, se expresaría bastante bien mi sentimiento con esta pregunta: ¿Con qué salsa se lo comerán?

Pero regresemos al tradicionalismo. Esta palabra, en su uso corriente (no filosófico) es casi sinónimo de conformismo y de conservatismo. y allí tenemos su sentido degradado. Según la etimología (del latín tradere: transmitir), el acento debe ponerse sobre la transmisión de un conocimiento primordial vivo, y de ninguna manera sobre la dependencia ciega de las formas y las estructuras del pasado.

En las ceremonias de la iglesia ortodoxa, hay una representación simbólica perfecta de la tradición cuando cada fiel tiene en la mano un cirio que enciende con el de su vecino. Esta llamita, que el menor soplo apagaría, es el fuego. Es el fuego que viene de otro fuego y que encenderá una por una tantas llamas como haya almas presentes. La imagen es perfecta, precisamente porque el fuego, que renace del fuego, no se deja corromper.

Pero en la corriente de la vida, ¿existe algo incorruptible?

Como lo explica en otra parte Gurdjieff, nada puede mantenerse inmóvil nunca. Todo lo que no sube está destinado a descender. Cuánto más alta la fuente, más fuerte el descenso.

Las enseñanzas religiosas no son excepciones. Él lo explicó en una forma muy pintoresca al responder a una pregunta que le había hecho uno de sus alumnos en Moscú. Este le preguntó si se podría encontrar "en las enseñanzas y los ritos de las religiones existentes alguna cosa que sea real o que permita alcanzar algo real". "Sí y no -dijo Gurdjieff-. Imaginen que estamos aquí un día hablando de religiones y que la sirvienta Masha oiga nuestra conversación. Naturalmente la comprenderá a su manera, y repetirá a Iván el conserje lo que recuerde; Iván lo comprenderá también a su manera, y repetirá lo que recuerde a Pedro, el cochero de la casa contigua. Pero se va al campo, y cuenta en el pueblo lo que hablan estos señores de la ciudad. ¿Piensan ustedes que lo que cuente conservará alguna semejanza con lo que hemos dicho? Tal es precisamente la relación entre las religiones existentes y lo que fue en su origen. Tenemos las enseñanzas, las tradiciones, las oraciones y los ritos, no de quinta mano, sino de vigésimoquinta, y naturalmente casi todo ha sido desfigurado hasta el punto de llegar a ser irreconocible; lo esencial se ha perdido hace mucho tiempo."

Dicho sea de paso, esta pequeña fábula ilustra también el riesgo que corre en el futuro la enseñanza de Gurdjieff de sufrir degradaciones. Si se trata de formular una doctrina con el propósito de conservarla intacta, dejará de ser una levadura.

Pero regresemos al texto sobre los orígenes de la iglesia.

El cristianismo no está encerrado ni dentro del marco histórico y geográfico del Nuevo Testamento, ni dentro del marco mucho más grande aun de la Biblia. Sus raíces penetran hasta el Egipto antiguo, ese "Egipto de antes de las arenas" como lo llama el autor de Encuentros con hombres notables. Más allá de ese Egipto desconocido, está enraizado en las civilizaciones que pudieron haber existido sobre la tierra antes de las grandes convulsiones descritas en los Relatos de Belcebú a su nieto. Por más grande que haya sido el desastre, ha sido siempre posible para aquellos que iban a desaparecer, dejar ciertas señales a los que vendrían a reemplazarlos.

Una corriente de savia, secreta y única, ha animado todas las civilizaciones anteriores a las nuestras. Se puede llamar entonces al árbol más viejo que jamás haya crecido sobre la tierra con el nombre de una de sus ramas principales: cristianismo. Si una de las ramas de tal árbol se marchitase, reverdecerá de nuevo en otra parte. Es una apuesta que hacemos.

En nuestra juventud oímos la advertencia: "Civilizaciones: ahora sabemos que somos mortales." (9) Pero es propio de la naturaleza del hombre recomenzar siempre su esfuerzo obstinado y aparentemente inútil por alcanzar lo inalcanzable, aceptar siempre un desafío.

Según el texto que se acaba de citar, el desafío lanzado a los cristianos de los primeros siglos era el de mantener vivas ciertas verdades reveladas, a pesar del letargo y de la muerte que amenazan sin cesar en todo dogmatismo.

Una verdad revelada es en efecto como una custodia confiada al hombre. El hombre es responsable de la chispa de conciencia que él solo ha recibido entre tantas criaturas que pueblan la tierra. Esto lo pone en gran peligro, amenazado como está de ceder a los encantos aletargantes de la naturaleza -de su propia naturaleza- en cuanto deja de ejercer las facultades que lo distinguen de los animales y de los vegetales. Se le exige y se le recuerda incesantemente vigilar.

El hombre plenamente despierto no estará bajo la total dependencia de las influencias que le rodean, ni será enteramente engañado por las apariencias, puesto que será capaz de distinguir entre la esencia y la forma que la contiene. Mantendrá la forma por tanto tiempo como ésta permanezca siendo envoltura de la esencia; no se apegará a ella, y en el caso contrario hasta podrá romperla.

Dejemos que René Guénon concluya:

"La verdad metafísica es eterna; por esto mismo, siempre ha habido seres que pueden conocerla real y totalmente. Lo que puede cambiar son las formas exteriores, los medios contingentes, y este cambio en sí mismo no tiene nada de lo que los modernos llaman "evolución"; no es más que una simple adaptación a tales o cuales circunstancias particulares, a las condiciones especiales de una raza y de una época determinada." . (René Guénon, *La Métaphysique orientale*, conferencia dada en la Sorbona el 17 de diciembre de 1925)

¿Era Gurdjieff tradicionalista? Sería mucho más justo decir que todo en él era tradicional: él era la tradición.

En los viajes que yo mismo he hecho o que otros han hecho a Marruecos, Afganistán, Tibet y la India, ¡cuántas veces no hemos imaginado encontrarlo en una esquina o en un kiosco en el fondo de un bazar!

A Gurdjieff le gustaba adornar sus palabras y sus escritos con aforismos y proverbios sabrosos pero agudos que atribuía al popular Mulaj Nassr Eddin, personaje legendario, portavoz de la sabiduría del Asia. Es extraño que la única autoridad tradicional bajo cuya cubierta él se presentó en Europa haya sido precisamente este desconocido. Por más que los eruditos escarben en las bibliotecas, se encorven sobre los manuscritos, no encontrarán ni una cosa que se le pueda atribuir a Mulaj Nassr Eddin. ¡Y por buena causa!

No cabe duda que Gurdjieff quiso embrollar las pistas de su pasado, disimular el nombre de la cadena tradicional o cadena iniciática, de la que era el fruto. Esto siempre lo hizo sospechoso a los ojos de los tradicionalistas. Quiero decir de aquellos que no tenían, además de otras cualidades, necesarias, el sentido del humor que era indispensable para "olfatear" hasta de lejos su pertenencia a la tradición.

He aquí un misterio. Era un hombre profundamente religioso, tradicional hasta el punto que si después de haberlo conocido, abrimos una u otra de las escrituras sagradas de la humanidad, podremos percibir en ellas el sentido como si él nos hubiera dado las llaves. ¡Y aun así, tal hombre se presenta al occidente bajo una máscara antitradicional! Creo que se perfila bajo este fenómeno toda la cuestión de la relación entre Oriente y Occidente, teniendo claro que no tomo estos términos sólo en su sentido geográfico.

El Occidente, que está en camino de invadir todo el planeta, parece haber alcanzado una situación irreversible. Arrastra irremediabilmente tras de sí a las llamadas naciones tradicionales.

En la China de Mao, los tractores borran hasta las huellas de los monumentos de los ancestros. Nigeria compra plantas atómicas. Alrededor de Nazareth se escuchan hoy en día las ráfagas de las armas automáticas. (10)

Un movimiento de tal amplitud es irresistible. Responde sin duda a alguna necesidad cósmica que sobrepasa nuestra comprensión. Ningún remontarse a las fuentes del Nilo o del Ganges, ninguna ascensión al monte Merú, ninguna expedición a Nueva Guinea, ningún descenso al seno de los volcanes, nos hará encontrar el tesoro del conocimiento perdido, que en lo sucesivo no estará detrás sino delante de nosotros, en nosotros. Es inevitable, no hay otro camino para los hombres salvo retornar hacia lo desconocido de sí mismos y ponerse en marcha a través de mil pruebas hacia ese desconocido, depositado según Gurdjieff como un tesoro intacto en el fondo del inconsciente.

Apenas acabadas de escribir estas páginas, apenas habiendo tenido el tiempo de dejarlas reposar para ser su primer lector y para completarlas con las notas que parecieron necesarias, y ya me pregunto: ¿No he intentado lo imposible?

"Y para ustedes ¿quién es él?", se me antoja preguntarles a mis amigos, al poner insidiosamente mi manuscrito entre sus manos. Pero sé que cada uno de los que lo conocieron, si consintiera en hablar, daría una imagen de él bien propia, diferente de la del vecino. Porque cada uno lo ha mirado con una visión diferente. Cada uno lo ha escuchado con su propia subjetividad.

Se recuerda el contratiempo que hace veinticinco años le ocurrió a un joven escritor muy prometedor, que se interesaba en la enseñanza de Gurdjieff como método del desarrollo de sí. Hasta entonces no había visto al maestro. Sin embargo, un día el acontecimiento estuvo a punto de producirse; percibió de lejos su formidable silueta (fue en los corredores de la sala Pleyel) . De inmediato proyectó sobre éste su temor ancestral del cuco, que sin duda no esperaba sino esta ocasión para cristalizarse. Luego se dedicó a escribir un libro de más de quinientas páginas sobre el señor Gurdjieff, no sin advertir al lector que "para producir esta obra" había tenido que "proceder como un recopilador, un periodista y un policía. . ."

Me pregunto qué conocimiento tendríamos de Pitágoras o de Heráclito, de Sócrates o de Jesús, si hubiésemos encontrado en los archivos de la época informes policiales sobre ellos. ¿Y por qué no, cuentas de lavanderías o boletos del metro? (Tales son, entre artículos de periódicos y otras pruebas "materiales", los elementos "objetivos" de información que el historiador se dedica a coleccionar si no tiene otra cosa a qué meterle el diente) .

Yo diría que no se puede tomar a Gurdjieff como objeto de conocimiento puesto que él es, por excelencia, sujeto. Quiero decir que ningún conocimiento verdadero, y me atrevo a decir conocimiento objetivo, es posible si uno se contenta con el testimonio de otros. Es necesario entrar, como Gurdjieff nos invita a hacerlo, en una relación personal con él, cualquiera que sea el costo y la dificultad. ¿Pero no es una relación personal, por su propia naturaleza, incomunicable?

A partir de allí, yo concluiría que mi testimonio, así como todos aquellos de la misma especie que aspiran a comunicar una vida, no son sino ejercicios literarios:

"titilaciones", como habría dicho Gurdjieff.

Si hubiera dejado aflorar tales dudas en mi consciente mientras escribía, muy rápido habría abandonado mi tentativa. No habría tenido que vaciar tantas veces el canasto de papeles de todos los bosquejos que había arrojado allí.

"¡Pero Dios sabe más!" como dicen los musulmanes al final de una discusión para no dejarse caer en la trampa de una dialéctica mortal.

Es cierto que la obstinación de la mosca por lanzarse siempre contra el mismo vidrio, cuando la salida de emergencia y por consiguiente la libertad se encuentran a sus espaldas, nos debe hacer reflexionar. A los antiguos les causaba gran impresión el hecho de que el sol mismo, cuya realeza e inextinguible energía nadie pone en duda, toma prestada la rotación de la luna en la noche para afirmar su permanencia.

Con Gurdjieff aprendimos que la línea recta no es siempre el camino más corto de un punto a otro.

Pero no quiero anticipar sobre lo que se desarrollará más adelante. Más bien preguntémosnos cuál debería ser la calidad de una mirada que fuera capaz de traspasar las apariencias, siempre movedizas y subjetivas, para abrir una puerta hacia lo que es la finalidad de todo conocimiento verdadero; la objetividad.

Tales miradas existen, sin duda alguna. No deseo más prueba que el milagro de la pintura. Hay pintores que han sabido abrir los ojos sobre la realidad que nos rodea con

tal frescura que es como si de repente se entreabrieran los cielos y mostraran otra luz dejando resplandecer ante nuestra mirada lo que siempre está escondido por la roña de la costumbre.

Miro a Delft tal como lo vio Vermeer y entonces "veo" a Delft.

Se me dirá que este fenómeno extraordinario se debe simplemente a la habilidad del pintor. No negaré que sea uno de los factores del milagro. Pero el virtuosismo por sí mismo nunca ha hecho la gran música ni la gran pintura. El viejo Renoir trabajó hasta el fin con ganchos en sus brazos tullidos por el reumatismo. La enfermedad no había destronado la eterna infancia de su mirada.

He aquí la cualidad inicial indispensable para abordar a Gurdjieff: la inocencia. La inocencia del niño que exclama al ver pasar el cortejo: "¡El rey está desnudo!"

Es algo que existe a toda edad. Ese trocito de infancia conservado intacto a pesar de las calamidades de la vida, a pesar de la "educación", es oro. El vestigio del oro sin el cual, como lo saben todos los alquimistas, no se llegará a hacer oro.

Si Gurdjieff le daba a un niño aunque fuera una pasa, la madre se precipitaba: "¿Qué se dice?" Silencio. La madre insistía hasta que el niño terminaba por decir "gracias" con una vocecita mecánica. Entonces la madre, como una ladrona sorprendida con las manos en la masa, sentía caer sobre sí palabras vibrantes de cólera: "Usted, madre, se caga en fuente donde sentimientos verdaderos surgirán más tarde. . . malogra todo futuro. . ."

Cuando los niños se sentaban a la mesa del señor Gurdjieff, como si fueran personas mayores, entre sus padres, era para nosotros un espectáculo encantador. No tardaban en entrar al baile; quiero decir que, cediendo a una provocación sutil, se comprometían sin la menor reserva en la especie de actividad lúdica o dialéctica que el maestro inventaba precisamente a la medida de ellos.

Nosotros los "adultos" también estábamos expuestos a provocaciones de este género, a las cuales, debo decir, era difícil resistirse pues Gurdjieff, con una atención a lo concreto verdaderamente diabólica, percibía cada uno de nuestros movimientos interiores, y según avanzáramos o retrocediéramos, modificaba su juego.

A menudo por prudencia nos agarrábamos a nuestra posición de simples espectadores. Para los niños es el inverso: todo lo que no han probado antes es irresistible. Por eso los atrae el juego.

A menudo por prudencia nos agarrábamos a nuestra posición de simples espectadores. Para los niños es el inverso: todo lo que no han probado antes es irresistible. Por eso los atrae el juego.

El juego es "la actividad seria por excelencia, porque nadie puede oponerse a sus reglas". (11) Requiere la participación completa del jugador "¿Juegas? ¿O no juegas?" Y sin embargo, cuando termine la partida no moriré: la regla del juego se abolirá. Otra mucho más grande y más difícil de descifrar tomará su lugar.

El destello de malicia que se enciende en los ojos del niño pequeño cuando despierta a la noción del juego, el desafío que brilla en los del atleta antes de la competencia, la imperturbable calma tras la que el jugador de ajedrez disimula el golpe que prepara, expresan, a pesar de las apariencias, la misma resolución.

Sostendría de buena voluntad que no hay sino un juego arquetipo, del cual todos los otros, a pesar de la diversidad aparente o real de sus reglas, no son sino variantes.

Este juego se formularía así: trata (de ganar) . Tal como eres, ahí, inmediatamente, mídete, descubre quién eres.

El niño que acaba de nacer, en esos instantes en que reposa, todavía ciego, en brazos de su madre, aún no se cuestiona nada. En cuanto haya abierto los párpados, comenzará a hacerse preguntas. Puesto que todo termina con el sufrimiento, la decadencia, y

finalmente la muerte, parapetarlo como dentro de un redil, detrás de espesos muros de ideologías tranquilizantes, no serviría sino para engañarlo. Es preferible hacerle escuchar a los tigres que rondan siempre por el exterior de los muros. Al menos ellos son verdaderos.

Si el inocente escapa de la "masacre de los inocentes", o dicho de otra manera, del apaleo de la virtud por el vicio, si conserva un corazón puro a pesar de la maldad, de la picardía y de la violencia que detentan el poder, entonces le será dada como contraparte la palabra mágica, la astucia gracias a la cual triunfará. La Biblia, Las Mil y Una Noches, la fábula, la leyenda, los cuentos, los mitos (desde la Tierra del fuego hasta Alaska) abundan en historias de este género.

Las fuerzas demoníacas son exterminadas o reducidas a la esclavitud por la paciencia y por la astucia del más débil.

Es por esto que Gurdjieff llamó un día a su enseñanza el camino del hombre ladino. Creo que amaba demasiado a los seres humanos para engatusarlos prometiéndoles "entrar al cielo con las botas puestas".

Su astucia iba dirigida contra todas las formas de lo que llamaba la auto-satisfacción, en particular contra la que consiste en que, habiendo encontrado un gurú, se le sigue ciegamente, cesando todo esfuerzo y renunciando al uso de toda crítica.

Él vino para despertar al ser humano, si no es ya demasiado tarde, recordándole su dignidad, no para anestesiarlo.

Algunos lo vieron como Merlín el Mago, otros como el diablo; y éstos no son más que dos de los numerosos aspectos que era capaz de tomar.

Para sostener su mirada había que tener a la vez los ojos cándidos e indefensos de un niño recién nacido y la mirada penetrante, atenta a la menor señal, del cazador solo en el monte.

¿Era nuestro compañero de juego, o más bien una regla del juego, aún desconocida, que él mismo encarnaba y que no nos sería revelada sino en la práctica misma del juego?

No estoy seguro de que mi pensamiento sea suficientemente claro. Quizá la expresión "veracidad del juego" tenga mejor significado que "la regla del juego". En el sentido en que se dice que un músico toca verazmente.

Es evidente que el juego que jugaba Gurdjieff con las situaciones cómicas, absurdas, odiosas o ridículas en las que colocaba a veces a sus alumnos era de un extremado rigor. y en este juego al que él mismo se dejaba llevar voluntariamente, siempre jugaba verazmente.

"Muy bien, insiste un lector, apremiado por conocer mi conclusión. ¿Ha encontrado usted finalmente al verdadero Gurdjieff?"

¿Quién podría jactarse de haberlo jamás encontrado?

El maestro terrestre le da a uno una cita solamente para mostrarle la dirección, la del maestro interior que tiene un nombre: conciencia. Él le hace descubrir a usted que ya es súbdito de ella pero que no lo sabía.

Después de lo cual desaparece. Se funde con el cielo como la montaña en el momento en que usted creía que había puesto el pie sobre ella.

## APÉNDICE

Entrego esta líneas al público, a pesar de su insuficiencia, para indicar el lugar del debate más profundo cuya necesidad y aun urgencia sentirán otros un día. Es como poner una boya en el mar para señalar que en el fondo se encuentran restos de un naufragio, un peligro o un tesoro.

Pág. 18...*el espectáculo de los diferentes brindis a los idiotas era prodigioso.*

La palabra "espectáculo" si no está acompañada del comentario apropiado es la menos conveniente para calificar las comidas a las cuales el señor Gurdjieff nos invitaba cada semana. Eran fiestas que exigían toda nuestra participación, banquetes para el cuerpo, para el corazón y para la mente.

Comer es en sí un acto sagrado puesto que sirve para mantener la vida. Cada vez que los hombres se sientan alrededor de una mesa para comer y beber, proceden juntos a una celebración de la vida, pero con frecuencia, no tienen de ello más que una conciencia confusa.

Los banquetes de boda en Bretaña, tal como los ha descrito Pierre Jakez Hélias en Cheval d'Orgueil, tal vez darían un sabor anticipado de lo que nos tocaba vivir todos los jueves por la noche en la calle Colonels-Renard.

El cuadro no tenía, sin embargo, nada de grandioso; era un banal comedor burgués, cuyos asientos heteróclitos parecían provenir de una casa de remate y que era demasiado exiguo para contenernos a todos.

El señor Gurdjieff hacía sentarse cerca de él a un personaje que designaba delante de todos como el "director" o "tamada" de la comida. Era uno de nosotros; era el dispensador del alcohol y la persona que haría en el momento preciso los brindis, en términos que exigían gran exactitud.

Nuestros vasos llenos de vodka o de armagnac eran colocados delante de nosotros, intactos hasta el primer brindis.

El tamada se levantaba y brindaba a la redonda, con la seguridad de un hechicero africano: "A la salud de los idiotas ordinarios. . .". Después de lo cual, volviéndose hacia tal o cual comensal que él sabía era un idiota ordinario, lo saludaba por su nombre (o sobrenombre), "y a su salud también, procurador. . .", "y a su salud también, doctor. . .", "ya su salud también, señorita X. . .".

No dejábamos nuestros vasos hasta haber bebido el contenido de un trago.

Cuando volvía a comenzar el ruido de cucharas y tenedores, el generoso alcohol empezaba ya a tener efecto en nosotros y a aumentar con la sabrosa comida la impresión indefinible pero muy profunda que habíamos sentido al oír saludar a nuestros camaradas con un título que definía su verdadero status.

El siguiente brindis era hecho "a la salud de todos los idiotas superiores". Si había alrededor de la mesa algunos idiotas de esta especie, el tamada se volvía de nuevo hacia cada uno de ellos. "Y a su salud también, fulana. . .", "y a su salud también, maestro. . ." Y así sucesivamente. Más tarde celebrábamos los "archi-idiotas", los "idiotas sin esperanza", los "idiotas redondos", "cuadrados", "zig-zag" y otros más; pero sin alcanzar jamás los últimos grados de esta jerarquía. Éstos permanecen llenos de misterio para mí.

Algunos, temiendo los efectos del alcohol, comenzaban a hacer trampa con él, después del segundo o tercer vaso, no sin antes haberse asegurado la complicidad del tamada y tal vez el acuerdo tácito de Gurdjieff, a quien, yo creo, no se le escapaba nada de lo que se tramaba alrededor de esa mesa.

Se dice que para Gurdjieff los idiotas se repartían en veintiún categorías, escalonándose en "grados de razón" desde la razón del hombre ordinario hasta aquella de nuestra

Infinidad Todo Abarcante, Dios, el idiota único. Otros sostienen que habría habido trece.

No lo escuché jamás pronunciarse sobre este asunto. Diré simplemente que el hecho de ser calificado de especie de idiota, que sería tomado como un insulto si estas palabras le fuesen lanzadas a uno en la calle por un desconocido, parecía, a su lado de una inexplicable grandeza.

La raíz griega *idios* significa particularidad. El edificio completo de la idiotez, no era tal vez sino una asombrosa construcción destinada a ayudarnos a ver en los otros, y a descubrir en nosotros mismos, ciertas particularidades tan profundamente incrustadas en nuestra naturaleza que habríamos sido incapaces de discernirlas, sin este artificio: un juego de espejos donde los otros servían para devolvernos nuestra imagen.

Los idiotas de la primera categoría eran, según el comentario del director: "aquellos que no se toman por cola de perro... Cada uno comprendía que esa gente no es cualquier cagarruta de cabra. No vayamos demasiado lejos al bromear con ellos porque el amor propio picado en lo vivo nos vuelve malvados.

Los idiotas siguientes, "aquellos que tienen cinco viernes por semana", incluyen las criaturas, machos o hembras, en las que se distinguen los rasgos de las "mujeres histéricas". Eran, para hablar como Belcebú, los "muy resueltos, muy honrados y ciertamente muy pacientes señores" así como "las muy queridas, pacientes e imparciales damas" que despilfarraban sus fuerzas en torrentes de palabras y acciones desordenadas. Yo mismo formaba parte de los "archi-idiotas". ¿Cómo comprenderlo? ¿Tal vez no era más que una broma? Alguien había oído a Gurdjieff -interrogado al respecto- responder: "¿Archi? como architecte . . . archdeacon . . . archidiacre. . . "

Era realmente una broma que ponía el acento en un aspecto de mi naturaleza que me era tan desconocido como mi propio olor: el respeto por las jerarquías establecidas.

El cuarto brindis hecho "a la salud de todos los idiotas sin esperanza", era acompañado de un comentario más desarrollado que el "tamada" debía repetir palabra por palabra, aunque no comprendiera siempre su profundo significado. Explotaba como el trueno sin dejar lugar a ninguna ambigüedad, porque se decía que entre todos esos "sin esperanza" unos eran "candidatos a reventar como perros" y los otros "candidatos a morir honorablemente". La distinción era la siguiente: los primeros eran "sin esperanza objetiva" (reventarán como perros); los segundos "sin esperanza subjetiva" (llamados a morir honorablemente). Para estar sin esperanza subjetiva, explicaba además, es necesario haber trabajado sobre sí mismo durante toda la vida.

Estas libaciones de alcohol han sido severamente juzgadas por aquellos que han oído hablar de ellas sin tomar parte. No se debe olvidar que se desarrollaban bajo la mirada del maestro.

No sé lo que debería ser más admirado: que jamás nadie haya caído en la embriaguez en cuerpo y alma, o bien, que una vez retirados los vasos y platos, jamás dos comensales se hayan faltado mutuamente el respeto al punto de tratar de tomar la palabra al mismo tiempo delante de Gurdjieff, en el momento en que se abría como un duelo sagrado el derecho de hacerle una pregunta.

Pág. 45 . . . *lo veríamos como uno de los inspiradores del movimiento ecológico o incluso como uno de los precursores del psicoanálisis.*

No es traicionar a Gurdjieff ligarlo a toda la tradición hermética. Él se dice heredero de Pitágoras y de Hermes Trismegisto. La idea central de esta única tradición que ha llevado sucesivamente los nombres de gnosticismo, alquimia, etc., es la unidad de todas las cosas existentes y por consiguiente su dependencia mutua.

A este respecto Gurdjieff hace decir a Mulaj Nassr Eddin, a quien podemos considerar como su portavoz: "Más vale arrancar cada día diez pelos a su propia madre que no ayudar a la naturaleza". Pues -nos lo asegura en Relatos de Belcebú- "la infortunada naturaleza del planeta Tierra debe continuamente, sin descanso, adaptarse a manifestarse de otro modo, siempre de otro modo con el fin de mantenerse en la armonía cósmica general."

Gurdjieff siente simpatía no solamente por los hombres que en su ignorancia hacen el papel de perturbadores, sino también por el planeta mismo, responsable de restablecer el equilibrio cósmico.

Es éste el aspecto "naturalista", hoy día se diría "ecológico", del autor de Relatos de Belcebú. . . Cuando describe los grandes vientos que agitaron la tierra, el levantamiento de las montañas, etc., estos fenómenos nunca son aislados de su medio ambiente ni considerados como aberraciones sino siempre como necesidades.

Para los ecólogos la idea de que el medio y sus habitantes forman un todo, la idea de alimentación mutua en particular, es totalmente central. Ellos la verifican cada día a escala de la tierra.

Aumentada a una escala gigantesca, ella viene a ser el principio de sostén mutuo de todas las cosas existentes del universo.

En cuanto al psicoanálisis, Gurdjieff conocía el hipnotismo. Rehabilita la memoria de Mesmer e incluso hace alusión en los relatos de Belcebú a los trabajos que fueron el origen de los descubrimientos de Freud.

Pero no se puede dudar que él haya tenido acceso en su juventud a otras fuentes ignoradas por nuestra ciencia y probablemente situadas en Asia. El cuidado que pone en enredar las pistas debería refrenarnos de ir en su búsqueda.

La verdadera aventura a la que convoca a todo hombre lo suficientemente valiente para intentarla es echar una mirada en el abismo de su inconsciente. ¿Vamos a penetrar nuestro laberinto interior, como Teseo, con el riesgo de no encontrar jamás al Minotauro y de no volver a ver la luz del día, engañados por un juego infernal de ecos y de falsas salidas como en un psicoanálisis que no tendría fin?

El "¿Quién soy yo?", el acto, la pregunta que Gurdjieff motivaba a sus discípulos a renovar tan frecuentemente como les fuera posible, me parece ser el hilo de Ariadna de esta otra aventura. El día, explicaba el maestro, en que ustedes encuentren, si Dios quiere, su propio ego, mírenlo de frente, provóquenlo. Cuando él muera (por haber sido visto) ustedes serán al fin libres.

Este acto tan íntimo tiene como condición preliminar el silencio y el recogimiento. No tiene nada que ver con la "liberación" que tiene lugar en el diván del psicoanalista. .

## NOTAS

(1) Si se puede creer en su pasaporte, Jorge Ivanovich Gurdjieff nació el 28 de diciembre de 1877 en el pueblo de Alexandropol (actualmente Leninakan en UR.S.S.)

(2) El monje hindú que introdujo el budismo en la China, es por cierto menos conocido en nuestra parte del mundo que en el extremo Oriente.

No olvidemos que es el fundador de un esoterismo budista llamado "chan" en chino, "zen" en japonés, ni que hay analogías evidentes entre esta disciplina y los métodos enseñados por Gurdjieff a los occidentales. Los pintores han representado al Bodhidharma como un viejo cuya mirada penetrante no se puede evitar porque le sigue a uno no importa donde se ponga.

(3) Sabemos ahora que un episodio de la juventud de Gurdjieff ocurrió en Creta, en 1896, donde se incorporó a la insurgencia de los patriotas griegos contra la dominación turca. Fue herido allí por una bala perdida. Obviamente, yo no sabía nada de esto cuando fui presentado a Gurdjieff en París, en 1943. Pero yo había recorrido Creta a pie y en mula en el verano de 1931 para filmar una película. En ese entonces los "capetan" eran tratados como semi-dioses. Sobrevivientes de las guerras de los "maquís", parecían auténticos bandidos. Se quedaron grabados en mi memoria como la expresión pura de una Europa que yo creía completamente desaparecida.

(4) René Daumal en "La Grande Beuverie" (1933), y agrega: ". . .en poco tiempo nuestras escuelas sabrán todo sobre el arte sin tener que crear. . .sabrán todo sobre las ciencias sin haber tenido que pensar en ellas. . . sabrán todo sobre la religión sin tener que vivir".

(5) *Fragments d'un enseignement inconnu* (Editions Stock) e *In Search of the Miraculous - Fragment, of an Unknown Teachings*, (Routledge and Kegan Paul): las versiones francesa e inglesa de la obra de P. D. Ouspensky, fueron publicadas en 1950. (Fragmentos de una enseñanza desconocida, Hachette, Buenos Aires, 1968). El fruto de ocho años de trabajo pasados al lado del señor Gurdjieff. Un evento literario de considerable importancia ya que permitía a cualquiera enterarse de una corriente de pensamiento que hasta entonces había sido accesible sólo a contadas personas.

En 1956 Editions Denoel publicó la versión francesa *Récits de Belzébuth a son petit-fil*. (Relatos de Belcebú a su Nieto, Hachette, Buenos Aires. 1970-80).

En 1960 aparece *Reencontres avec des hommes remarquables* (Editions René Juillard) (Encuentros con hombres notables, Hachette, Buenos Aires, 1967)

En 1976 se publica *La vie n'est réelle que lorsque "Je sui,"* (Edición privada).

El conjunto de estas tres obras, de géneros muy diferentes y que según Gurdjieff responden cada una a una necesidad específica, constituye la monumental obra literaria legada por él a la posteridad, bajo el título general de *Del Todo y de todo*.

(6) La iglesia de San Sulpicio, en París, domina un barrio impregnado de catolicismo. Cuando yo era joven se podían comprar velas, estampas sagradas, vírgenes y ovejas de yeso en todas las tiendas del vecindario.

El edificio en sí es imponente, pero es frío, hostil y aburrido. La expresión "estilo San Sulpicio" se puede usar para describir toda clase de objetos carentes de la vida que los haría verdaderas obras de arte con un sentido superior.

Por más que los especialistas en historia de Francia nos recuerden que los "sulpicianos" eran "galicanos que querían guardar la distancia entre la iglesia y el pontificado para nosotros gente común. San Sulpicio representa por el contrario lo que se llamaba "l'union du sabre et du goupillon", es decir, el clericalismo partidista que apoya al trono tanto como al altar.

(7) La primera frase es uno de los aforismos escritos sobre las paredes del Instituto para el desarrollo armónico del hombre en el Prieuré d'Avon.

Las otras tres permanecen grabadas en la memoria de los que las oyeron en la calle Colonels Renard.

(8) Tomado de L'Évangile de Thomas. Logion 114. Debe tenerse en cuenta que este libro, probablemente anterior a los Evangelios canónicos y que podría ser una de sus fuentes, fue descubierto en el alto Egipto en 1945. Consúltese este tema en particular para encontrar la cita completa sin la cual la respuesta atribuida a Jesús será mal entendida. L'Évangile selon Thomas. (Traducción y comentarios de Philippe Suarez, Metanola, 1975).

(9) La célebre frase de Paul Valéry en su ensayo "La Crise de l'Esprit" lejos de enunciar un tema trivial, tomaba su fuerza de la nueva evidencia proveniente de la primera guerra mundial. El semanario "The Atheneum", dirigido por John Middleton Murry, fue el primero en publicarla: "We civilizations know now that we are mortal", así como la "Nouvelle Revue Française". (19 de agosto de 1959) Cf. Paul Valéry, Variétés.

(10) El 30 de marzo de 1976 los árabes de Transjordania habían organizado manifestaciones contra la reforma agraria que se les quería imponer desde Jerusalén. La represión causó muertos y heridos alrededor de Nazareth. El episodio parece casi insignificante hoy en día en comparación con los salvajes combates que tienen lugar desde entonces entre "cristianos" y "musulmanes" en el Líbano. En cuanto al peligro nuclear, hay que aclarar que los países que declararon en 1976, sus intenciones de adquirir fábricas para producir bombas atómicas fueron Bangladesh y Rodesia, no Nigeria. La crisis de la civilización en la cual estamos todos envueltos se desarrolla tan rápido que cualquier alusión local es inmediatamente superada por los acontecimientos.

(11) La cita es de René Alleau. La importancia metafísica del juego no podría haber sido presentada mejor y con menos palabras.